

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, JUNIO 12 DE 1898.

NUMERO 24.



Medio millon de dote.

POR VILLASANA

LA SEMANA

RESUMEN.—¡Los Dioses se van!— El antiguo Corpus.— Desfile medioeval.— Los marinos del Geier.— Fiestas de la Colonia Alemana.— La Kermesse de Tlalpam.— Por un altar.— Estaciones veraniegas.— Su necesaria decadencia.

Los Dioses se van! ó por lo menos, si se quedan, las grandiosidades y magnificencias del culto desaparecen. El rasero democrático parece haber pasado sobre todo género de pompas públicas empujándolas, desfigurándolas y hasta aplastándolas.

Ya me figuro los bostezos de su Alteza Serenísima en un día de Corpus fin de siglo. Antes era otra cosa; todo lo que de ruidoso, imponente, brillante y espléndido puede ostentarse en una ceremonia oficial con el concurso de los poderes públicos, del alto clero, del ejército, se ofrecía á los ojos atónitos de la multitud, para deslumbrarla y conmoverla, en interminable y grandiosa procesión.

Bajo la interminable vela del Corpus, orgullo de la ciudad, veíanse desenvolver los anillos dorados y recamados de pedrería de una inmensa serpiente mitológica. El clero revestido de doradas casullas, de mitras resplandecientes de riquísimas y vistosas capas pluviales, envuelto en nubes de incienso, entonando himnos hieráticos, rodeaba la custodia, de dos tercias de altura y de cientos de miles de valor, en la que en medio de los reflejos del oro y de los destellos de la pedrería se destacaba, blanca y pura, la hostia consagrada. Precedíanla y la seguían el Ayuntamiento en cuerpo, y la magistratura en traje de ceremonia, el cuerpo diplomático, los ministros, el Presidente de la República revestidos de sus uniformes é insignias, las cofradías y corporaciones con sus pendones, los alumnos de las escuelas con sus distintivos, los gremios de artesanos con sus instrumentos de trabajo y la escoltaba el ejército de gran gala.

Esta era entonces, la parte más vistosa del desfile: los granaderos y gastadores, con sus grandes delantales blancos de piel, sus altas gorras de pelo, sus palas y azadones tenían un continente á la vez elegante, marcial y feroz; los coraceros hacían lucir las escamas de sus vistosas corazas y los penachos de sus cascos, el regimiento de guías, petrimetros armados de punta en blanco, bordados y recamados de oro y plata; los artilleros envueltos en sus largos levitones; los húsares dejando flotar al viento la chaquetilla prendida en sus hombros. Esto si era ejército, de ópera ó de drama militar, pero elegante, vistoso, imponente, á la vez museo de artillería y de indumentaria y ya hemos visto rodar lágrimas como tejocotes sobre mejillas cruzadas de cicatrices y bigotes encanecidos en la campaña, al aspecto burgés, monótonamente azul de nuestros batallones actuales!

En aquella procesión del Corpus se celebraba simbólicamente y sin conciencia de ello, el doble triunfo de la autocracia clerical y de la dictadura militar, el gobierno de los pueblos por todo lo que brilla, lo mismo el oropel que la espada, y se oponían, en contraste preñado de profundas enseñanzas, la opulencia del clero, la ostentación de la aristocracia, la petulancia burocrática, el lujo de Asia y el desbarajuste oriental del Gobierno desfilando en medio de los andrajos, de las miserias y de la abnegación del pueblo fanatizado y subyugado.

Y francamente, así mirado, prefiero nuestro Corpus sin procesiones, sin ceremonias y sin magnificencias á trueque de ver en la calle más camisas limpias, semblantes más satisfechos y pueblo más levantado y más digno.

**

Si las solemnidades religiosas están de capa caída, en cambio no podemos quejarnos de la

DAMAS MEXICANAS



Srta. Maria Múgica Leyva.

(DE CELAYA.)

suntuosidad de las fiestas mundanas. Entre ellas han descollado las de la bien venida de la Colonia Alemana á los tripulantes del Geier. Al ver á los marinos del buque alemán, nos hemos explicado *de visu* muchas cosas de las que solo teníamos vaga idea, y entre ellas la grandeza y el poderío germánicos. Con hombres como esos se va á donde quiere y se hace cuanto viene á las mientes. ¡Qué hombres! Sanos, vigorosos, corpulentos, en plena vitalidad, para ellos no deben existir la fatiga ni la enfermedad. Cuando se tiene la fortuna de poseer un metro setenta centímetros de estatura; espaldas de Alcides, brazos de Hércules, músculos de acero y esqueleto de bronce, ya se puede como los argonautas, lanzarse á la conquista del Vellocino de Oro, engrandecer su país, cercenar los agenos, fundar colonias, pesar en la balanza del Mundo y hacer y desbaratar el concierto europeo.

Pues bien, admirables como son, físicamente considerados, los hijos de la raza germánica, no son menos estimables en lo intelectual y en lo moral. El pueblo germánico es instruido, inteligente y aplicado. La enseñanza pública, distribuida con extensa profusión, nutre los espíritus alemanes de conocimientos prácticos, positivos, precisos, útiles y perfumados dulcemente de una vaga y nebulosa metafísica que eleva el alma á consideraciones altas, trascendentales y la redime del *terre á terre* de la vida cotidiana. El carácter germánico es dulce y cándido; á los ojos de nuestra precocidad y de nuestra malicia, los alemanes adultos nos traen la impresión de adolescentes y hasta de niños. Son perseverantes y sufridos, enérgicos y maleables, y descuelan entre sus dotes un espíritu de disciplina, de voluntaria sumisión á toda superioridad reconocida que los hace fácilmente gobernables.

Los marinos del Geier, como por lo demás los marinos en general, son especímenes escogidos de lo que aquel país produce en punto á hombres, y da idea de la excelente materia prima sobre la

que han trabajado sus estadistas y sus capitanes. Merecían la acogida de que fueron objeto y correspondieron á ella con una elegancia de modales, una corrección de conducta y una cordialidad y buena fé dignas de su país y de su profesión.

La Colonia Alemana se prodigó en su obsequio y el banquete y el baile que organizó en honor suyo figurarán entre las fiestas más suntuosas de estos últimos días.

Los marinos partieron ya. Sabe Dios con qué rumbo y á qué destino. Cuántos de ellos están llamados á la gloria, á la fortuna, á imperecedero renombre y á cuántos otros los espera tan solo la imponente é ignorada tumba que les abre entre sus olas el oceano. Los unos y los otros conservarán, á no dudarlo, las gratas impresiones que les ha producido nuestro clima, nuestro cielo, nuestra naciente prosperidad y las manifestaciones de simpatía con que fueron acogidos por propios y extraños.

**

En otro orden de ideas la Kermesse de Tlalpam ha sido también importante acontecimiento mundano. El pretexto?... Cualquiera, un altar quemado y que se quería reparar. Cuando se tiene buen humor, juventud y dinero y se ama la sociedad no se necesita tanto para reunirse, bailar, y olvidar unas cuantas horas los enojos y contratiempos de la vida. El éxito fué completo, los fondos recaudados cuantiosos y si todos los altares se aperciben de la cuenta que les tiene quemarse, no tardarán en procurarlo para verse así renovados y embellecidos.

A este propósito deslizaremos una observación. Tcdo el mundo ha podido notar que los pueblecitos más ó menos pintorescos de los alrededores de la Capital tienen como los Grandes Imperios un apogeo y una decadencia. Hace años Tacubaya era el centro veraniego por excelencia; cedió á poco su cetro á San Angel, de ahí la voga pasó á Tlalpam y hoy es muy acentuada en Coyoacán. En la actualidad ya nadie veranea en Tacubaya, San Angel es un centro aristocrático en el que unas cuantas familias veranean á puerta cerrada y han trazado alrededor suyo un cordón sanitario; es tan difícil hacerse admitir en San Angel, hoy como en Versalles en tiempo del Rey Sol y se circula por la pintoresca villa bostezando y dormitando. Ya nadie se desayuna en El Cabrío, ni los mismos dueños de las cabras; ni se organizan paseos en burro á la Magdalena ó á Tetelpa. Todas las persianas están corridas; todas las verjas cerradas, un silencio de muerte y una soledad de cementerio reinan en la ciudad y todo esto precisamente cuando ya hay en San Angel, como en Tacubaya, pavimentos, alumbrado, policía, trenes cada diez minutos y hasta coches de sitio.

Esta coincidencia entre el progreso de la localidad y la pérdida de su voga y de su prestigio es por lo menos extraña. Mientras en una población foranea no hay un farol, ni donde comprar un paquete de carbonato, ni un mal albeitar para un accidente de salud; mientras no se come sino pan frío y retazos informes de una res vieja; mientras se camina en el polvo y sobre el fango y se está expuesto al asalto en despoblado, todo el mundo acude y se instala, veranea y se divierte, y no bien el ayuntamiento pavimenta, alumbrado y vigila las calles, se instala un boticario, se radica un médico, se abren una panadería y una recaudería, todo el mundo echa á correr como si viera al diablo, emigra como en tiempo del cólera y el pueblo ve abandonados los nidos de sus antiguas golondrinas!

En esta paradoja está, á nuestro juicio la explicación del hecho. Aldea que se civiliza ya no es aldea, campo con gendarmería y municipio ya no es campo, estación veraniega con hotel, restaurant y cantina ya no es estación veraniega. «Si

hemos de emigrar á San Angel ó á Tlalpam se dicen las familias, para vestir de seda, llevar todo el día áuestas el sombrero, calzar guantes, hacer visitas en landó y bailar de frac rojo como en el Jockey, no vale la pena de salir de la Capital. Buscábamos el campo para variar y para descansar de la ceremoniosa vida de la corte, para vestir blusa y sombrero de paja, para comer bajo los árboles y no bajo los artesones, para improvisar tamaladas y no saraos, para vivir de día y dormir de noche, para reducir á un mínimun el número de impertinentes que nos visitan. Todo eso lo conseguimos mientras esto fué un poblacho, no hubo tranvías, ni familias de México; mientras que hoy salimos de la Capital para venir á la Capital, nuestras exigencias son las mismas que en ella; vestimos, comemos, nos divertimos y nos desvelamos lo mismo, y la verdad no valía la pena de haber emprendido el viaje.»

Las familias, y hay muchas, que veranean por economía se llevan un chasco soberano; la subsistencia en esos pueblos es carísima por que el mercado local se provee de México, los alquileres son fantásticos, la ropa, sombreros, guantes no dejan de usarse como aquí y además del abono del tren llueven los escotes: para la fuente pública, para la estatua de Alcayaga, para el altar de la Divina Infanta, para el puesto de la Kermesse, para la tamalada de caridad etc.

De ahí que una vez civilizado se despueble el pueblo y sus antiguos moradores veraniegos vayan á buscar un erial más completo y más consecuente consigo mismo, una rancharía más abandonada, cuatro tapias de adobe circundando un *pirú*, un corral en donde duermen cerdos, picotean gallinas, cualquier cosa en suma peor, menos sana, más incómoda, más peligrosa que la Capital pero que no sea la Capital ni tenga sus inconvenientes y sus exigencias.

Remedio: Volver á la simplicidad de los tiempos patriarcales; apechugar francamente con el percal y el chilapeño; divertirse en el jardín y no en el salón, prescindir de ridículas competencias de lujo y de ostentación, montar en burro y no en matil-coach, bañarse en el río y no en el turco, comer legumbres y no trufas, acostarse á las ocho y no á la madrugada etc. etc. Por lo demás la simple enunciación del tratamiento deja percibir que el mal es incurable; la aplicación del tónico es imposible en gentes vanidosas, ostentosas, casquivanas y tarambanas como nosotros.

López I.

Política General.

RESUMEN.—LAS CORTES ESPAÑOLAS.—SU MISIÓN ACTUAL.—EL CONFLICTO EXTERIOR DE ESPAÑA Y LAS CRISIS INTERIORES.—EL PATRIOTISMO Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—LA PATRIA ANTES QUE TODO.—LA ANSIEDAD PÚBLICA.—ESPERANZAS Y TEMORES.—RUMORES DE PAZ.—CONCLUSIÓN.

Desde las Cortes españolas de Cádiz, que abrieron sus sesiones bajo el fuego nutrido de las baterías francesas, y entre la hornaza de la guerra deshecha, dieron al mundo el asombroso espectáculo de formular la primera constitución política sobre las ruinas de la monarquía tradicional, fundaron los cimientos del dogma democrático de la soberanía nacional, y sobre las prerrogativas de la realeza de derecho divino, enaltecieron los eternos principios del derecho humano; nunca habían tenido las asambleas constituyentes ni las cámaras legislativas misión tan ardua como les ha tocado en suerte á las actuales Cortes, que han inaugurado sus trabajos constitucionales, á raíz de haberse declarado la guerra entre la vieja España y la moderna Unión americana.

Iniciado el país en guerra formidable, con una nación fuerte y poderosa, amenazado en el interior de serios trastornos ocasionados por una crisis

La Guerra Hispano-Americana.



El Coronel Cody.

(BUFFALO BILL)

sis económica, roídas las masas populares por la miseria y el hambre que las lanzan al motín, las empujan á la asonada y las arrastran á la violencia, dispuestas las facciones políticas dinásticas y antidinásticas á entrar en batalla con el gobierno liberal que preside con el señor Sagasta, las unas, y acaso contra las instituciones de la Restauración las otras, pásmase el ánimo al contemplar las dificultades presentes y los obstáculos futuros que tienen que vencer las cámaras colegisladoras.

Por un lado han de acudir los representantes del pueblo, de los altos institutos y de la nobleza, á las ingentes necesidades de la guerra. Para ello, tienen que cerrar sus oídos á toda sugestión de las pasiones políticas, tienen que ahogar en lo más hondo de su espíritu, todos sus resentimientos personales, y animados del patriotismo más puro, vincular todas sus energías en los esfuerzos del gobierno responsable, y agruparse en derredor de los que sostienen la bandera de la patria en el actual conflicto.

Así ha sido. Sin protestas, sin discusiones ociosas, sin atender más que al grito de la patria en peligro, las cámaras colegisladoras han votado todas las autorizaciones, todos los créditos, todas las facultades extraordinarias que ha solicitado el gabinete; apenas si se ha oído la voz de alguna de las minorías, protestando contra esa suma de poder depositada en manos de un gabinete desconocido.

Pero si esta resolución prudente de las Cortes, en cuanto se refiere á armamentos y créditos necesarios para los gastos de guerra, ha fortalecido al gabinete de Sagasta, la tempestad política suscitada en el seno de las cortes, por las fracciones conservadoras, por carlistas y republicanos, minó un tanto su prestigio, provocó una crisis ministerial, que se resolvió en un cambio parcial del gabinete, dejando intacta la figura del jefe del partido liberal.

¡Cuántas recriminaciones por los sucesos pasados! ¡cuántos lamentos por las desgracias sufridas se han escuchado en la Cámara popular española! Desde la frase incisiva y amarga en lo más

hondo que pronunció un diputado carlista, al que hubo que expulsar de la asamblea á moción del señor Sagasta, hasta la elocuente peroración del señor Salmerón, jefe de la fracción republicana, que hizo la historia crítica de todos los gobiernos de la Restauración, lanzando tremendas acusaciones sobre sus jefes y muy especialmente sobre el señor Cánovas, que fué alma y vida del partido conservador, han pasado por la tribuna parlamentaria, los conceptos más opuestos, las ideas más contradictorias, y en espléndidos fuegos de artificio, en que se han derrochado todas las galas retóricas, todos los lujos de la elocuencia parlamentaria, se pasaron las primeras sesiones que ocasionaron la crisis parcial del ministerio.

Pero eso sí, el problema más arduo estaba resuelto; para contrarrestar la intervención extranjera en la cuestión cubana, todos los partidos se unieron al gobierno constituido, en inmensa explosión de amor patrio. Nadie negó su cooperación en el conflicto, todos acudieron á la defensa de la bandera nacional y procuraron allegar recursos para rezarcirse de la derrota de Cavite y evitar nuevos desastres á la nación que los alienta.

Mas ¡ay! que no es solo de la guerra extranjera de donde vienen las angustias para España: también en el interior la escasez del trigo hace eruirse fatídica la sombra del hambre, que arroja combustibles en la abrasada hoguera del motín; á esa crisis interior que junta con vicisitudes ya pasadas ha ocasionado la crisis económica, habrá de acudir también para salvarla la representación nacional.

No son de temer por ahora conflictos armados provocados por el fantasma del carlismo. Todos en España, presa de mortal ansiedad, siguen con vivo interés el desarrollo de la tragedia que tiene por teatro las aguas antillanas y la enmarañada manigua; todos en España, fijos los ojos en las escuadras y puesto el corazón en el ejército, esperan el momento anhelado en que se les anuncien triunfos y victorias sobre el enemigo extranjero y el insurrecto aborrecido; todos en España, atento el oído á los más leves rumores, atierden cuantos llegan de Cuba ó de Filipinas, siempre suspirando por ver enhiesta la bandera gualda y rojo por encima de las huestes enemigas.

En esa tensión de los espíritus, ¡qué efecto tan desastroso habría de causar el anuncio de una catástrofe! Los pueblos en sus grandes angustias y en sus grandes crisis no atienden las sugestiones de la razón; se guían solo por los impulsos del sentimiento. Sienten los agujones del dolor, y no investigan las causas remotas, lanzan sus tremendas acusaciones contra las personalidades más visibles á quien atribuyen la catástrofe, y como huracán desencadenado caen contra todo lo que se opone á su ciega venganza.

La dinastía napoleónica cayó en Francia con espantoso estruendo, después de la jornada de Sedán; Jorge de Grecia estuvo á punto de perecer á manos del pueblo, después de los desastres de Lariza.

Por eso se vuelve á hablar de paz, y corren persistentes los rumores de intervención extraña entre las dos potencias beligerantes. En tanto que los Estados Unidos parecen apresurar la campaña con un ataque formal sobre Santiago de Cuba y envío de refuerzos y municiones al Contra-Almirante Dewey; pudiera suceder, aunque no lo creemos, que España, para satisfacer la pública ansiedad, dispusiera la salida de la escuadra de reserva al mando del Almirante Cámara, pero dejara trabajar en secreto á las potencias para las negociaciones de la paz.

A esto último, ya lo hemos dicho, se oponen las declaraciones del señor Sagasta; pero ¿quién puede ufanarse de conocer los oscuros secretos de la diplomacia?

X. X. X.

Junio 9 de 1898.

En Tierra Yankee.

NOTAS A TODO VAPOR

POR BALTIMORE

Baltimore en mis recuerdos de infancia (mi padre tenía una cariñosa afición por esta ciudad y hablaba mucho de ella) era una especie de Venecia, pero en un plano inclinado, y aunque esto resulta un modo muy singular de ser Venecia, así me lo figuraba, con sus calles abigarradas y estrechas surcadas en vez de góndolas, por navíos de alto bordo que mediante el juego constante de las esclusas subían y bajaban por aquellas laderas coronadas de árboles y estriadas de amplios canales de cristal vivo. No es esto Baltimore, es otra cosa. más esa otra cosa es muy simpática y muy interesante. No á primera vista, por el lado del ferrocarril Baltimore-Ohio-et B. O. como aquí se dice. Una gran mancha rojiza que, á medida que está más cercana, se divide en muchas otras como coágulos que al cabo toman la forma de altísimos bloques de casas perfectamente iguales y perfectamente feas; esta es la impresión, al llegar. Cuando desembarcamos era de noche; los reverberos eléctricos encendían en la sombra su constelación de astros efímeros, admirablemente regular y triste. La ciudad se había vuelto negra bajo su gran velo de luz blanca; y muda y silente hasta provocar las lágrimas; era domingo y las domingos anglo-sajones, hijos de los sábados judíos, no son fiestas nel nuevo testamento, sino del viejo. Los colmenares del trabajo humano enviudan de sus abejas zumbadoras; todo rumor calla y la ciudad protestante reza en voz alta y se emborracha en voz baja; pero aun en las cantinas la cerveza se bebe con religiosa unción.

Nos alojamos en un inmenso hotel y una vez lavados, acepillados y *planchados*, salimos á vagar por esas calles de Dios, desiertas y bien iluminadas, otras oscuras; éstas eran las más simpáticas: en la obscuridad suelen tomar los brutales edificios que de día aplastan con sus moles al que los contempla, no se qué de ligero y fantástico é impalpable como la sombra. Parecen (¿lo he dicho ya?) ilustraciones del *Infierno* del Dante, de Gustavo Doré; lo nuevo y lo crudo se desvanece y la noche les da un pasado, una historia. una leyenda casi; vamos, los pierde en la noche del tiempo. Parecen torres babélicas ó palacios-fortalezas italianas medio-evaies, infladas por el soplo de Miguel Angel.

En aquel torreón redondo, altísimo, de raíces de granito de almenas negras, incrustadas acá y allá de ventanas que semejan enormes gemas fulgurantes deben realizarse espléndidos y frenéticos dramas de amor y odio, de pasión y muerte. De esa cornisa va á colgar la escala de Romeo, junto á esa ventana de hierro devora Ugolino á sus hijuelos, el fru fru de los besos de Paolo y de Francesca, se escucha por aquella claraboya. Allá arriba se balancea la jaula de hierro en que agoniza Napoleón de la Torre y sobre la plataforma desafia á los verdugos de sus hijos Catarina Sforza, mostrándoles con impudor soberano el fecundo vientre. La verdad es que todo esto se ve

ahí: no hay más que quererlo ver; si no se quiere entonces puede uno imaginar que abajo hay un restaurant y arriba una serie de departamentos en que los buenos yankees atiborrados de *cocktails* dominicales duermen un sueño muy distinto de las vigiliass sublimes de los grandes pecadores italianos.

Quería yo ir no muy lejos de la calle de Calvert en que estaba nuestro hotel, á la calle de Lafayette en donde se ve el sepulcro de Edgar Poe, en un jardín á flor de calle. El nombre de este fantasista maravilloso que hizo arder su genio como la mecha de una lámpara de alcohol explicará á muchos el estado de ánimo que me obligaba á convertir en una ciudad sinistra y livida la honrada ciudad fundada por Lord Baltimore hace cerca de doscientos años en el estuario del Patapsco en la tierra de la Reina María (Enriqueta, mujer de Carlos I) es decir en la *Maryland* ¡Ay! cuán triste nos pareció aquella noche puritana; las aceras largas, largas corrían ante nosotros monótonamente tableadas por los reflejos de los grandes aparadores iluminados que espejeaban en el gris de las piedras humedecidas por una llovizna fría como prédica protestante. Por ellas nos lanzamos, pero pareciendo á mi compañero demasiado lejano é incierto el objeto de mi funebre visita, emprendimos la vuelta por una calle paralela, vimos un solitario mercado, continuamos escudriñando escaparates repletos de telas muy ricas unos, de objetos muy vulgares otros, de zapatos aquí, de ropa hecha allá, de muebles finos acullá.

Música, canto; ¡oh dicha! Entramos. Era un templo, es decir, un salón protestante, una reunión dominical de *metodistas*. En el fondo un estrado, en el estrado una tribuna, en la tribuna una Biblia, en la Biblia un hombre (esta es una figura) y en el hombre un par de buenos bigotes negros y lustrosos como escarpines de charol. Muchas bancas, muchas señoras en las bancas, junto de la entrada un órgano y unas jóvenes, ó por lo menos unas voces jóvenes que cantaban cuando el señor de los bigotes no predicaba.

Tomamos un cómodo asiento; nadie se fijó en nosotros. Mi amigo y allegado Genaro Fernández, compañero de excursión que había aprendido el inglés en el viaje y que lo hablaba como castellano, se indignaba á fuer de católico sin reservas, de que un protestante hablase tan bien de la caridad cristiana. Cuando llegó la hora de la cuesta su conciencia religiosa lo obligó á salir y á mí tras él. ¡Ay! entonces si nos vieron todos y creo que nos vieron mal.

**

Llevaba en mi cartera excelentes recomendaciones para el arzobispo Gibbons. E- te hombre grande de alma y cuerpo grande, por su candor de lirio evangélico, por su fe en Cristo y en la democracia, este *Embajador de Dios* (así intitula un libro en que exalta la misión social del sacerdocio católico) ejercía sobre mi espíritu de hombre emancipado, pero nacido y crecido á la sombra del altar, un soberano influjo, Gibbons y Ireland las dos columnas magnas del catolicismo anglo-americano, son personalidades apasionantes. Sus contornos hieráticos, pero luminosos; destacándose en la inmensa mancha de sombra de la irreligiosidad de nuestro tiempo, parecen prefigurar al misionero del porvenir, al hombre de concordia, de

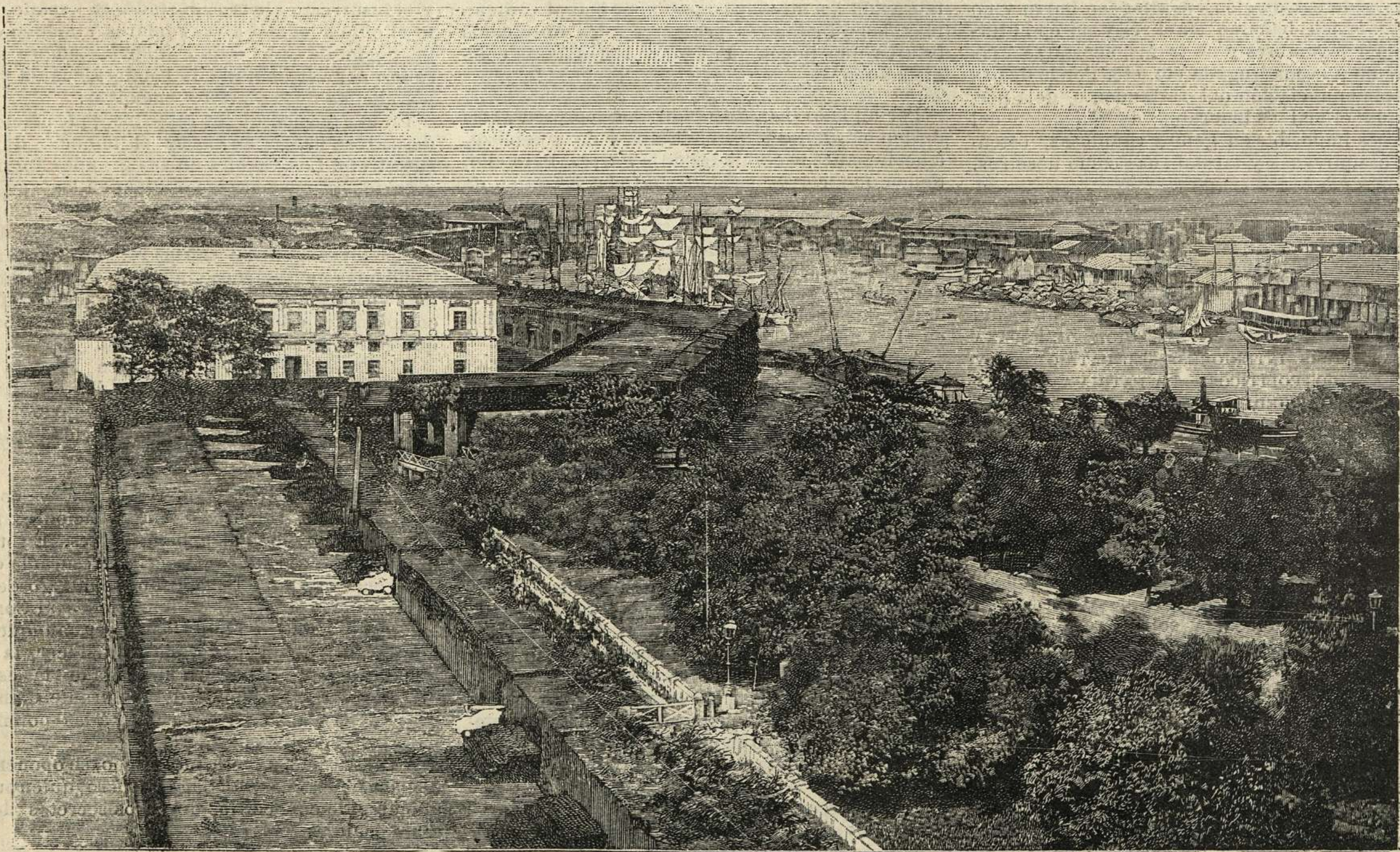
caridad y de pueblo (déjese me decirlo así) destinado á resucitar la religión. limpiándola del parasitismo gigantesco de la superstición y de la n. m. i. a y microbica devoción que no es más que una forma de la irreligiosidad, y encendiendo en las almas muertas un calor de amor hácia el supremo ideal de justicia simbolizado en la cruz y que sera lo único (yo no veo otro) será lo único que podrá convertir en unánime *sursum* el terrible choque de los grupos humanos en el siglo que llega.

Todo esto pensaba, mientras me vestía muy temprano para hacer una matinal visita al ilustre cardenal. La simpática solicitud de Ireland por la enseñanza laica, la de ese señor Gibbons cuando al recibir el capelo, declaraba en su iglesia titular en Roma misma, que el evangelio y la constitución de los Estados Unidos eran los dos libros más santos que había visto la humanidad, su benevolencia hacia las sociedades de trabajadores (aún las secretas) y la serenidad de su actitud augusta, casi divina, en el congreso de las religiones de Chicago, invitando á católicos, protestantes, judíos, mahometanos y budistas á dirigir á Dios una plegaria humana, la oración dominical, que todos oyeron y repitieron con unción profunda, me atraían hácia el prelado. ¡Qué distinto es esto de lo que estamos acostumbrados á ver y á oír; cuán distante—parece la distancia de un mundo á otro—es esta conducta, de la estrechez de miras, del formalismo, de la impotencia absoluta para ponerse de veras en contacto con las entrañas de la sociedad moderna y fecundarlas con el verbo de Cristo, que advertimos en nuestra nación, en los doctos y virtuosos, pero ensimismados é incurablemente rutineros jefes de la iglesia de nuestro país!

¡Oh! mi mala estrella! Nos encaminamos hácia la catedral y á espaldas de aquel grandote é insignificante edificio, subimos la escalinata, llamamos á una puercecita, entramos, invitados por un sirviente, en una modesta pieza de recibí y ahí un secretario nos manifestó que el día anterior en un tren nocturno, monseñor Gibbons había salido para una población lejana con objeto de consagrar á un obispo.

Muy conpungido puse en manos del joven levita, que nos había cortesmente recibido, la carta del señor Romero y la de una de las católicas más eminentes de Nueva York, y después de habernos expresado la contrariedad que el cardenal experimentaría, pues ya esperaba la visita, aunque ignoraba cuándo se verificaría, nos hizo prometerle que volveríamos á los cinco ó seis días; como buenos mejicanos prometimos, por mortificación, lo que sabíamos que no nos sería dado cumplir.

Decidimos visitar la catedral, de feas torres, que teníamos bien cerca. Mientras pensaba en Gibbons (y pensé en él desde que llegué á Baltimore) se mantuvo fuera de foco en mi cerebro, pero hallé frente á mi otra figura de arzobispo de Baltimore que me era muy simpática y que es curiosísima; me refiero al célebre dominico mexicano Fray Servando Teresa de Mier; tan erudito, aunque su erudición resulta á veces indigna; tan inteligente, aunque falta con frecuencia á su inteligencia el lastre del juicio; de un carácter tan bien templado, aunque sin serenidad, este personaje es el protagonista por todo extremo interesante y singular de una historia cómica trágica que parece obra de un novelista de imaginación exaltada.



MANILA.—Vista de la Ciudad y del Puerto

Era por temperamento un inquieto y un emancipado; las reglas de su orden, las tradiciones piadosas de la Iglesia nacional, las máximas ultramontanas de la curia romana, todo le era una cadena que más ó menos disimuladamente trató de romper. Y estrelló su espíritu, sin rendirse ni abatirse, contra las paredes del calabozo teológico social y político de su época; pasó del púlpito en que puso la mano sobre la leyenda de la aparición guadalupana á las prisiones inquisitoriales y así empezó el drama de su vida. Prisionero en España, Cura en París, en tiempo del Consulado, observador irónico en Roma, conspirador negociante en Baltimore, compañero de Mina, prisionero de guerra en Soto la Marina, evadido de todas sus prisiones fugitivo en todos los países, republicano impertérrito frente á Iturbide, adversario profético de la federación pura en 23, y aún después de muerto, llevado en forma de momia quién sabe por quién, quién sabe á dónde, la vida de Fray Servando tiene todo el atractivo de una novela cómico-heróica.

Pensaba en él porque quería saber de Monseñor Gibbons, en cuál título se fundaba nuestro compatriota para llamarse en sesión solemne (cuando invitó para su entierro) arzobispo de Baltimore? Quedéme con mi duda.

**

La catedral es, como decoración y monumento, cualquier cosa: interesante por extremo, sin embargo.

Desnuda y fría, en su amplitud severa, las alas de su crucero están constituidas por dos capillas con sendos órganos. El altar mayor, pobrísimo de ornamentación y estilo, nada dice á mi recuerdos; á la derecha estaba el trono de su eminencia el cardenal arzobispo compuesto de un sitial feo y casi ridículo y de un dosel con el capelo bordado en el fondo bajo. Sobre las bancas que llenaban toda la nave, había multitud de papeles impresos; tomé uno: era la letra de un himno en honor de la Virgen.

Cuando entramos no había nadie; la luz fría que se colaba por los vastos *ventanales* hacía más triste todo aquello; una anciana negra, el sacristán mayor de la catedral, sin duda, quitaba algunos floreros y lampadarios del altar mayor, restos de la fiesta que en honor de María se había celebrado la víspera. ¿Y en dónde está el interés de que habláis? diréis para vosotros, lectores míos. Pues en todo está; en esta falta de interés artístico, estético; ese es el interés de la catedral de Baltimore.

¡Ah! Monseñor, vuestro templo católico es un templo puritano; San Agustín y otros santos obispos vuestros predecesores, no más santos quizás que vos, ¡oh! augusto apóstol de la religión de los humildes y de los puros, os asisten en la celebración de los sagrados ritos con sus sombras y en el desempeño de vuestra misión con sus ejemplos, pero allá, en el ángulo más obscuro de vuestra basilica lee su biblia Juan Calvino. Vuestro templo nada valdría ni en Italia, ni en España, ni en México. Los instintos de estas razas que viven en la voluptuosidad perenne de la luz, del

color y del relieve, no se avendrían con vuestra plástica religiosa, monseñor. Pero los hermanos de los protestantes y los que en vuestro país conviven con ellos, esos sí; para ellos esta hecha esta iglesia, de ellos viene la austeridad simple y grave que aquí se ve; vos, monseñor, creéis como católico, pero sentís como protestante y tenís vuestros ritos del color melancólico y noble de vuestro sentimiento. Se ve que aquí triunfa la música, que es la voluptuosidad subjetiva la que mejor comprenden y gustan los hombres de vuestro medio ¿no es verdad, monseñor? Aquí la voz del órgano y el canto de los niños, que es la música del sentimiento religioso, se funden en una salmodia sublime y pura, la que creían oír en el cielo los profetas hebreos, los autores de las apocalipsis, no el profeta italiano Alighieri. Monseñor nunca ha resonado en vuestros magníficos órganos, aun cuando haya sido con letra latina, el salmo divinamente bíblico de Martín Lutero?

**

Baltimore es una de las pocas ciudades americanas hechas para ser paseadas no solo para nuestra sorpresa, sino para nuestro encanto. Instalados en nuestro cómodo landó, bajamos á lo largo de las principales calles, muy animadas ahora, de esta simpática ciudad. Vimos muchas escuelas; por todas partes escuelas é iglesias, algunas de bien bonito aspecto; no hay que olvidar que Baltimore fundada por un lord católico, es una de las capitales del catolicismo en los países anglo-americanos. Vimos la Casa de la Ciudad, notable edificio municipal y por desgracia no vimos ni el instituto Peabody, ni el hospital Hopkins, uno de los primeros del mundo, ¡ay! ni la Universidad que lleva este mismo gran nombre de Hopkins, venerado por cuantos amen el progreso intelectual.

El puerto ó los puertos, admirablemente dispuestos para hacer de Baltimore en el fondo de la bahía magnífica y suculenta de Chesapeake, uno de los mejores abrigos marítimos de las costas del Atlántico. Visitamos en una de las dársenas un vapor que iba á salir para Nueva-York, tan coqueto y bien dispuesto, que por poco tomamos pasaje en él. En la boca de la bahía está el famoso fuerte Henry, heroicamente defendido en 1814 contra los ingleses, defensa que dió motivo á la erección de un monumento militar que está en la ciudad y que no me hizo feliz y á la composición del gran himno *Star splanged banner*, que cuantos en estos meses hayan asistido á los *meetings* de simpatía por Cuba, habrán escuchado cantar.

Tomamos de nuevo asiento en el carruaje y subimos por el *Riverside Park* á la parte más densa de la ciudad en donde hierve materialmente la población mercantil y navegadora, y en donde nuestra negligente actitud de desocupados, hacía cierta impresión. Decidimos hacer votos (ya que no podíamos dárselos) por un Mr. Masson, postulado en enormes lienzos que colgaban de las cornisas altas al través de las calles. para gobernador de *Maryland*, pasamos frente á la alti-

sima columna austera, elevada en honor de Washington, y ya á buen trote entramos en la ciudad del gran tonc. Una avenida bordada de deliciosas casas no tan lujosas, pero si tan elegantes como las de la *quinta avenida*, y en la cual dos ó tres sinagogas indican que es aquel un barrio de opulentos y de ahitos.

Por la suave pendiente llegamos á un lago extenso y bien rizado por la brisa en menudas olas de seda azul y oro, circundado por una cintura de blanca y fina arena, que acotan las *platabandas* de grama lustrosa y los árboles de un bosque soberbio que desde ahí parecía inmenso. Desde el terraplen (ó terraza como diríamos á la inglesa los mexicanos) que borda toda la orilla del lago que mira á la ciudad, la vista es sorprendente. Toda erizada de campanarios, la ciudad descendiendo hasta las orillas del Patapsco envuelta en sutilismo vaho color de rosa que el perrezo sol no ha prendido bien esta mañana en su malla de fuego, para trasladarlo al cielo en forma de nubecilla blanca. Surgen entre los ángulos incesantemente quebrados por la dirección irregular de las calles, masas monumentales de colores sombríos ó brillantes, pero no grises, con ese amarillento gris muerto que dá á nuestra México, vista á quinientos metros de altura, el aspecto de un bloque de *tepetate* roto en pedazos regulares.

Estos parques americanos ¡qué envidia! El que recorriamos lentamente como quienes no quisieran salir de ahí nunca, es una porción de la cintura boscosa que rodea la parte alta de Baltimore y se llama el *Druid-hill-park*. El bosque estaba vestido con el riquísimo traje de otoño, con que aquí se aderezan los árboles antes de encerrarse en sus camarines de cristal, para dormir el sueño de invierno. Como van las señoras á los grandes saraos de la estación fría, así estos árboles opulentos parecían cubiertos de sedas, terciopelos y aureos brocados. Una que otra mancha de musgo envolvía un tronco de felpa verde. Todo era matiz, medio color, tintas suaves, rojas, amarillentas; sobre el cielo color de turquesa enferma, se destacaban dolorosamente las ramas sanguíneas de los álamos, mostrando ya sin hojas sus nervios de coral vivo, trémulos aún y susurrantes. El fondo de todo esto era una tinta azulina, translúcida, frecuentemente velada por girones de encaje niveo, como algunos cielos de las acuarelas encantadoras de Ramos Martínez.

Por aquellas interminables naves de árboles, corrian familias enteras en bicicletas; una vimos compuesta de la abuela, la mamá, las tías y cuatro muchachas que pedaleaban con una agilidad capaz de dar envidia á los Sarre, los Pastor ó los Zaldívar. Las mujeres de Baltimore tienen fama de hermosas; previo un exámen cuidadoso de las que pudimos ver en el *Druid Park*, declaramos que esa fama era muy merecida.

Esa misma noche hablábamos de todo ello en nuestro hotel neo-yorquino.

JUSTO SIERRA



MANILA.—Calle principal del barrio del Comercio



Tropas americanas embarcándose en Cayo Hueso

LO QUE CUESTA LA GUERRA

La guerra moderna no es más que una empresa, ruinosamente cierta, pero que requiere capital. La nación beligerante que cuenta con mayores recursos tiene de su parte más probabilidades de éxito.

Hasta hace poco más de una centuria no se calculaba con exactitud lo que perdían las naciones en sus empresas militares.

Durante los 22 años que siguieron al de 1793, Napoleón costó á ingleses, franceses y otros pueblos, aproximadamente \$ 13 000 000 y 2 000 000 de vidas humanas, cifra esta igual á la que representa la población masculina actual de Londres y París. Solo en la batalla de Waterloo perecieron 51,000 hombres; de los cuales 29,000 eran ingleses.

La guerra de Crimea cuya duración fué de dos años, costó á las naciones beligerantes \$ 3,000 000 000 y 600,000 hombres. Los ingleses perdieron 22 000 soldados de 98,000 que componían su ejército; los franceses 96 000 de un efectivo de 300 000; Turquía 45,000; y Rusia que puso en armas un espléndido ejército de 888,000 hombres, no vió regresar á sus hogares sino la mitad de ellos. Colocadas una junto á otra, 600,000 tumbas ocuparían una extensión de 450 millas.

**

No menos ruinosamente fué la guerra franco-prusiana. Francia envió á los campos de batalla un ejército de 710 000 soldados, de los cuales murieron 77,000 á consecuencia de heridas y 45,000 de diversas enfermedades. Los alemanes con un millón de combatientes sufrieron la pérdida de 46 000 en el campo ó en los hospitales y 89,000 quedaron inutilizados.

Aquella breve guerra destruyó 200,000 vidas y tuvo un costo de algo más de \$ 3,000 000 000. La indemnización que pagó Francia y los territorios que perdió á consecuencia de su derrota pueden estimarse en \$ 6,000 000 000.

**

Las guerras de un siglo á esta parte en Europa y América significan una pérdida de 5,000,000 de hombres útiles y una destrucción de capitales de más de \$ 45 000 000 000 cifra que representa las ganancias de 1,000,000 de hombres en cien años y la riqueza actual combinada de Suecia, Noruega, Dinamarca, Portugal, Suiza, Turquía y Grecia.

Las deudas de las naciones principales del mundo importan sobre unos \$ 60 000 000 000 de los cuales lo menos las tres cuartas partes deben cargarse á gastos de guerra. Los pecados de los padres caen sobre los hijos hasta la tercera ó cuarta generación.

**

En los Estados Unidos la lucha por la independencia requirió un gasto de \$ 180,000,000. Actualmente la nación podría tener esa suma del oro almacenado en la Tesorería; pero entonces el gasto recayó sobre una población que no es sino la vigésima de la actual y cuya riqueza era menor todavía. Los Estados Unidos comenzaron su vida autónoma con un déficit de... \$ 75,000,000 oro.

La guerra separatista encontró al país con una deuda de \$ 65,000,000 oro y con la necesidad de gastar \$ 2,500,000 oro diarios hasta que volvió á ondear en todo el territorio la bandera de la Unión. Los... 3,400 000 000 que importó la lucha al Norte, más lo que gastó la Confederación, sumadas á la destrucción de propiedades, pérdidas para la industria etc. los per-

nes, aguas etc. las 2 300 millas de canales con todos los botes y embarcaciones que los surcan; todos los buques de bandera americana que hay en los mares lagos y ríos del mundo entero; las líneas de telégrafos y teléfonos; todas las minas de la Unión Norte-americana y aún habría sobrante para adquirir todos los edificios escolares y las iglesias del país entero.

**

Ahora si se tiene en cuenta que las guerras no diezman la población inútil, compuesta de niños, ancianos, enfermos, sino que buscan sus víctimas entre los hombres sanos, vigorosos y trabajadores, se podrá calcular cuán insignificantes y débiles son las cifras de la estadística para apreciar las pérdidas que una guerra ocasiona.

No hablemos de los sufrimientos físicos y morales de los que combaten y de sus familias abandonadas, ni nos detengamos á calcular el déficit de producción agrícola é industrial de un país conmovido por una lucha,

pues hay algo que vale más todavía, ya se considere desde un punto de vista humanitaria ó puramente económica. Por una parte el progreso moral de la especie se detiene y aun opera una lamentable regresión al tipo de la animalidad, y por la otra y es lo más funesto, la juventud en vez de máximas sanas, recibe como enseñanza, en el hogar y en la escuela, incitaciones al odio, á la crueldad, á la rapiña y á la glorificación de la fuerza, incitaciones que más tarde obedecerá en perjuicio propio y en el de sus semejantes, á los que no verá nunca como tales, sino como á enemigo, en tanto que sean de otra raza, de otra nación ó de otro credo político.

NUESTROS GRABADOS

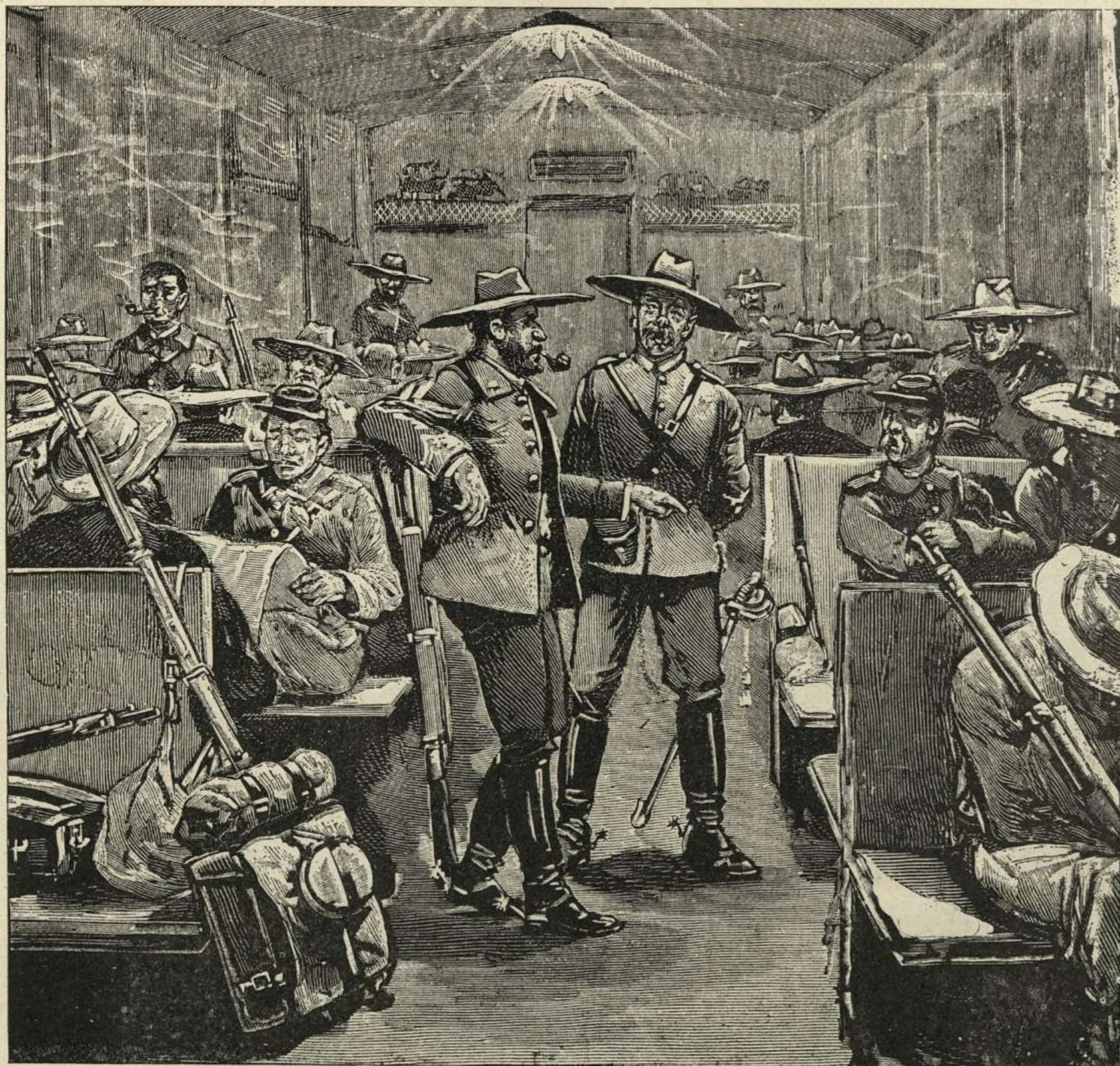
Vistas de Manila.

Manila es una población de 300,000 habitantes de los cuales, por lo menos, 50 000 son chinos y 5 000 europeos. La ciudad antigua con sus fosos, puentes levadizos, puertas herradas, con sus cañones en los parapetos y sus macizas murallas, trae á la memoria la época en que fué fundada.

A un lado del río Pasig está la ciudad fortificada de los primeros pobladores; á la izquierda el barrio del comercio y el barrio chino, y más arriba detras de la «Puerta de España», las residencias y el palacio del gobernador.

Sólo la parte antigua de la ciudad lleva el nombre de Manila; algunos de los barrios tienen otro distinto, tales como Bandacán, Binondo, Mandeloin, Malate y Nagtajan.

Las Filipinas son «el rico jardín de Oriente;» pero su dominación no es tan sencilla ni fácil. Si los españoles pierden el archipiélago tendrán los americanos paciencia y voluntad de apoderarse de las 400 islas.



Transporte de tropas americanas en Ferrocarril



CASINO ALEMÁN.—Grupo de tripulantes del «Geier»

[De fot. para «El Mundo»]

Filipinas para hacer en ellas su primer ensayo colonial?

No sin razón dice un publicista de la vecina República: "Las piedras preciosas del Pacífico son diamantes en bruto y cuesta más pulirlos que adquirirlos."

Las tropas expedicionarias americanas

Nada más significativo ni que revele mejor el carácter del soldado norte-americano que los tres grabados de nuestro número de hoy.

La escena del tren es típica. El flemático norte-americano va a la guerra como va al taller, como va a Klondike, sin precipitaciones ni nerviosidades. Instalado lo más cómodamente posible en su carro de ferrocarril, los voluntarios fuman, leen periódicos y comentan las últimas noticias, ó duermen plácidamente en espera de los acontecimientos. . . .

El mismo orden, la misma seriedad reflexiva con que celebran y firman un contrato, ponen en sus faenas de embarque al hacerse a la mar.

Dicen algunos que el norte-americano no es un buen soldado porque no es fogoso ni bullanguero y le reprochan que lleve a sus expediciones militares alimentos vestidos y buenas camas.

Los que sin apasionamiento estudian el carácter de las diversas razas humanas, juzgan, mejor inspirados, que la cachaza del norte americano, bien vale el impulso de un patriotismo más impetuoso.

Estos soldados no van a luchar por la gloria, buscan acaso algo más positivo, y si así fuere, como se dice acaso tengan razón

¿Qué gloria reservan las guerras a la multitud de víctimas que voluntariamente ó a la fuerza, perecen en ellas? Ese anonimato en montón no puede seducir a nadie que piense un poco.

Una fiesta en el Casino Alemán

Hace poco el Casino Alemán de esta ciudad celebró su 50 aniversario.

El Casino Alemán es uno de los centros de reunión más atractivos de México, y sus fiestas se ven siempre muy concurridas por el elemento mexicano. La galantería de los miembros de esa sociedad le granjea justamente las simpatías de nuestros compatriotas.

El baile en obsequio de la oficialidad del «Geier»

buque de guerra alemán que visitó el Puerto de Veracruz, nos proporcionó la ocasión de tomar para nuestro Semanario algunas fotografías del Casino Alemán, así como del grupo de marinos alemanes que verán en otro lugar nuestros lectores. De la fiesta del Casino Alemán dieron cuenta ampliamente nuestros diarios, y eso nos dispensa de hablar de ella, limitándonos a señalar una vez más la cariñosa acogida que recibieron aquí los señores capitán y oficiales del «Geier»

En las Cortes españolas

Tachan algunos de bizantinismo a las Cortes de España, porque en estos momentos de peligro supremo para la nacionalidad, entretienen los oradores en estériles luchas de parlamento.

Si es cierto que por más de veinte años los esfuerzos de los partidos políticos han tenido por únicos fines la conquista ó el afianzamiento del poder, a la hora presente, las Cortes proporcionan elementos para un proceso histórico que fijará las responsabilidades que a cada uno correspondan en los reveses de la guerra, preparándose así la reorganización que no dejará de operarse cuando queden disipados los errores, sofocados los fanatismos y abiertos los espíritus a las realidades de la situación del país.

No todos los oradores parlamentarios de España son en estos últimos debates, agentes de pasiones é intereses de partido: entre ellos algunos hay, para honra y bien de España, que buscan solo una resolución al conflicto y bases para una nueva política amplia, sincera, inspirada en la justicia y en el bien público.

El señor Sagasta, Jefe del Gabinete, es un viejo luchador; apoyado por una mayoría compacta, sostiene su programa de gobierno y lo apoya con estas palabras: "¿Es culpa del régimen monárquico que seamos un pueblo de diez y siete millones de habitantes, pobre y agotado por dos guerras, mientras los Estados Unidos cuentan con una población de setenta millones y están en su apogeo?"

"En las actuales circunstancias es muy sensible que no estén unidos los españoles. Si es un crimen atentar contra la patria, es doblemente criminal atentar contra ella en estos momentos"

Desde que Castelar se ha retirado bajo su tienda, tomando una actitud de resignación melancólica, el señor Salmerón es de hecho el jefe del partido repu-

blicano. El fué quien interpeló al Ministerio sobre el desastre de Cavite, pidiendo que se hicieran efectivas las responsabilidades sean quienes fueren los culpables. El orador republicano no cambia de tono para decir las palabras más violentas: su dialéctica vigorosa toma mayor autoridad en su mímica mesurada. Es un adversario siempre temible.

El señor Canalejas es un maestro de la palabra en esas Cortes en donde hay tantos oradores de nota. Es independiente y subrayan su actitud las siguientes palabras con las que reprocha al gobierno su inercia en presencia de los propósitos claros y de los preparativos del Gabinete de Washington: "Es vergonzoso el decreto que separó de sus funciones a nuestro Ministro de los Estados Unidos señor Dupuy de Lome, sin una frase de agradecimiento por sus largos servicios."

Navarro Reverter, ministro de hacienda en el gabinete conservador, defiende la memoria de su amigo Cánovas del Castillo contra los ataques del señor Canalejas.

El señor Romero Robledo, es el jefe de los antiguos "canovistas." Qué temperamento! gestos, gestos y solo gestos. . . . Una catarata de palabras, molinete de brazos y alzamiento de hombros, esa es su oratoria. Hostil a la autonomía, acusa también al gobierno y le reprocha su imprevisión.



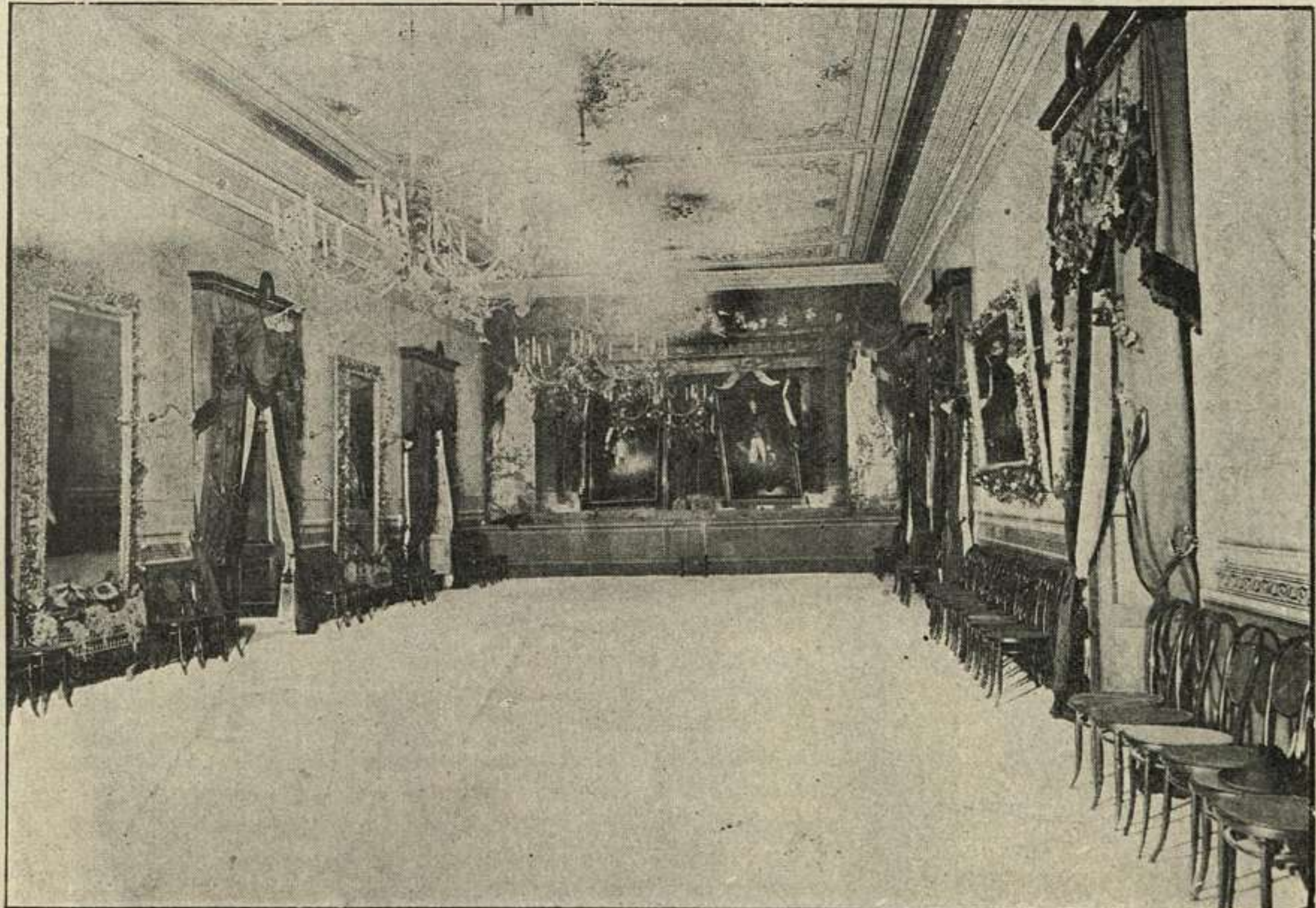
CASINO ALEMÁN.—Ornato en los corredores

El señor Silvela, más discreto que elocuente, habla porque es preciso que todos hablen.

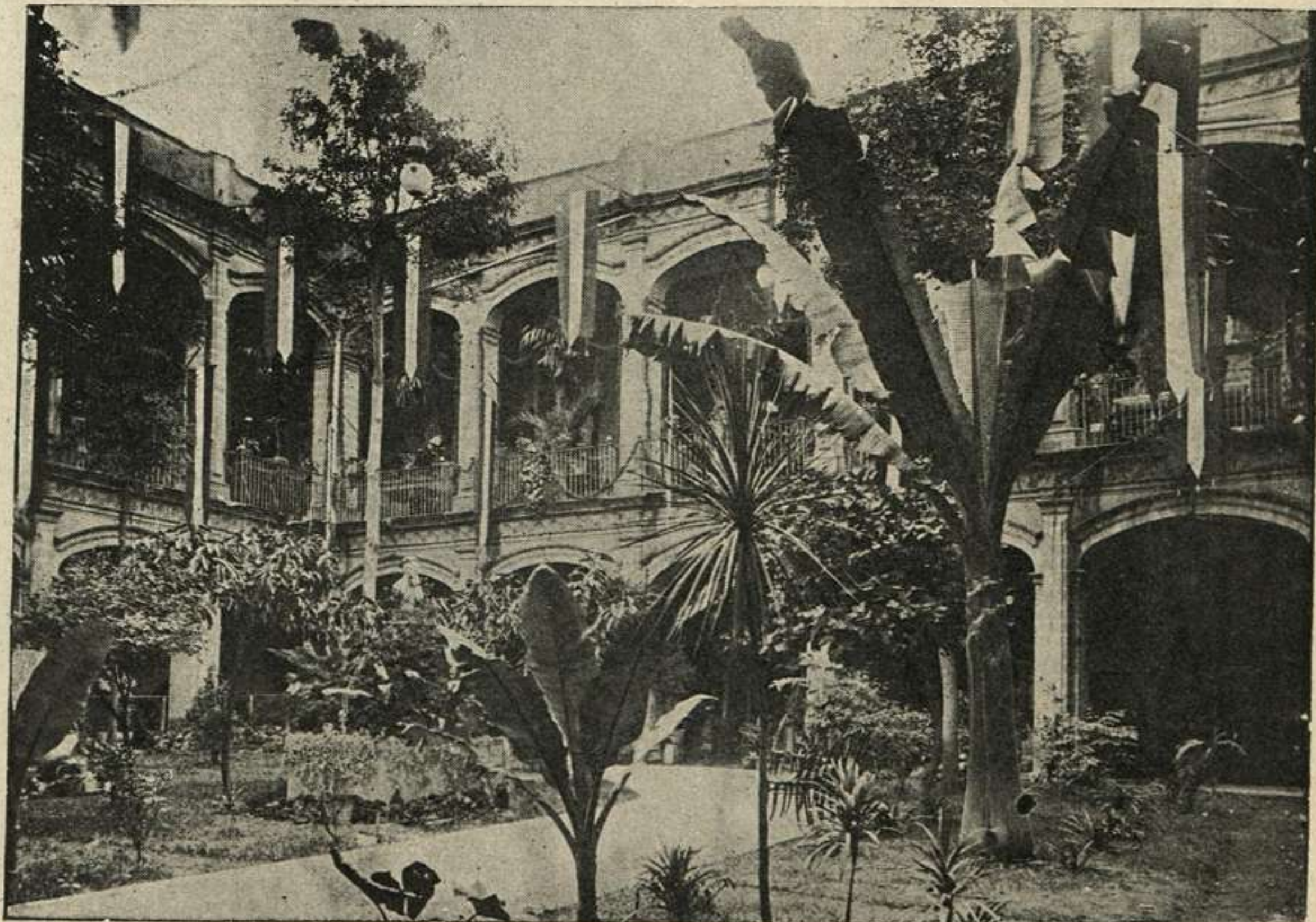
El señor Moret es el verdadero orador que tuvo el Ministerio: defendió su política de ultramar con elocuencia patética.

El Señor Vázquez Mella, jefe del partido carlista, tribuno atlético, violento, infalible, voluntarioso y obstinado, toma como texto las palabras de Isaías:

"Desgraciados los pueblos, exclama, que están gobernados por una mujer y por un niño!"

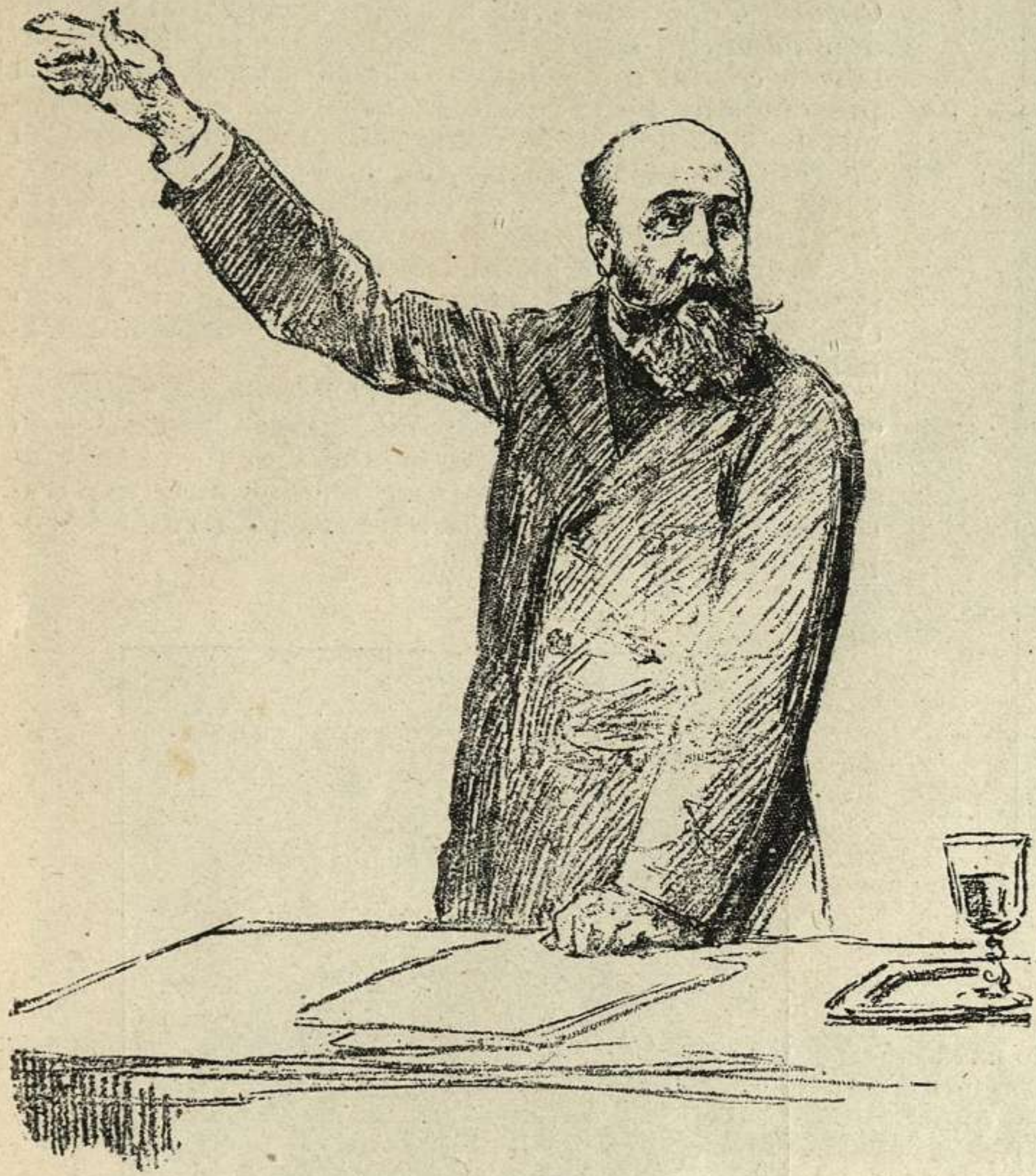


CASINO ALEMÁN.—El Salón



CASINO ALEMÁN.—El Patio

ORADORES PARLAMENTARIOS DE ESPAÑA



SEÑOR MORET



SEÑOR ROMERO ROBLED



SR. SAGASTA, Presidente del Consejo



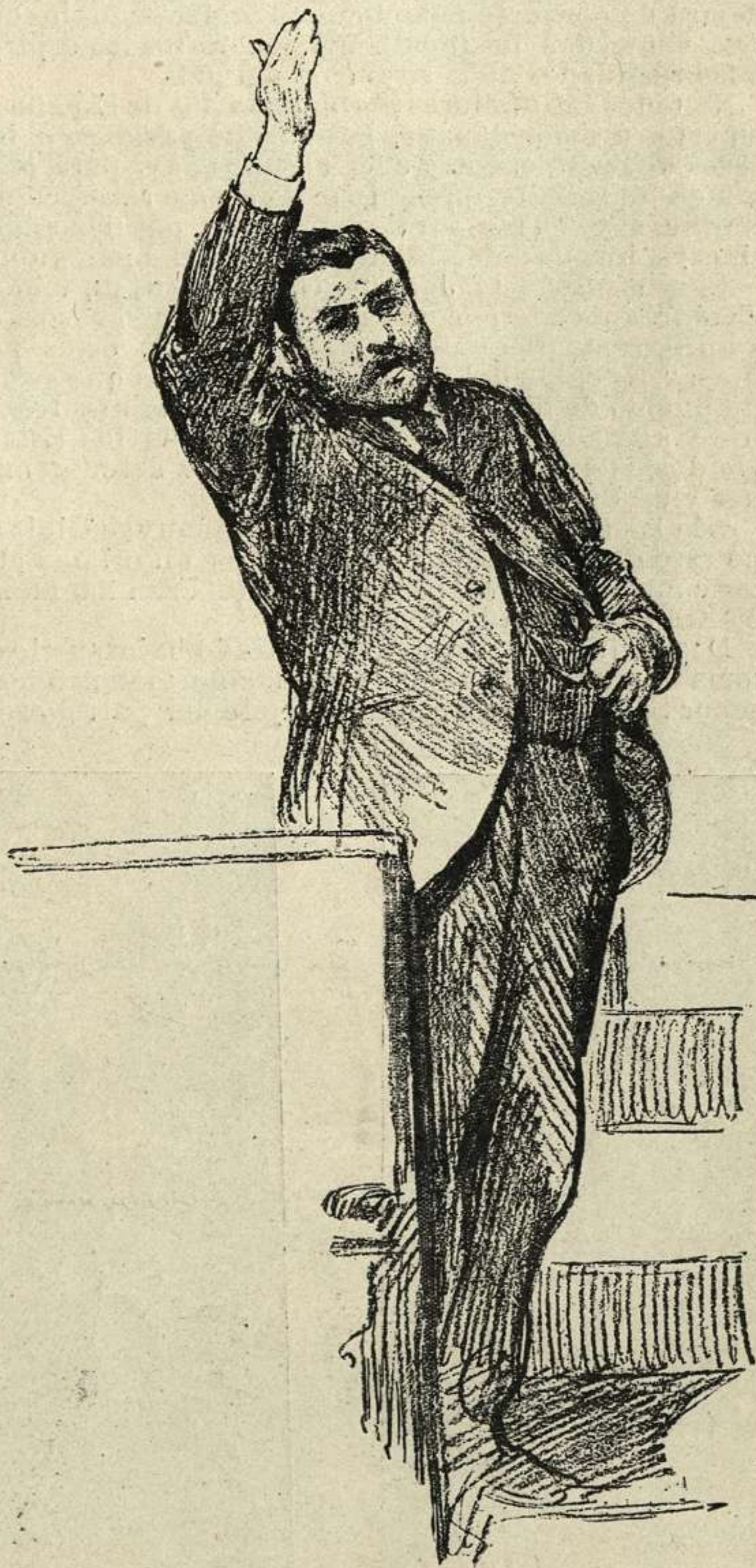
SEÑOR SALMERON



SEÑOR SILVELA



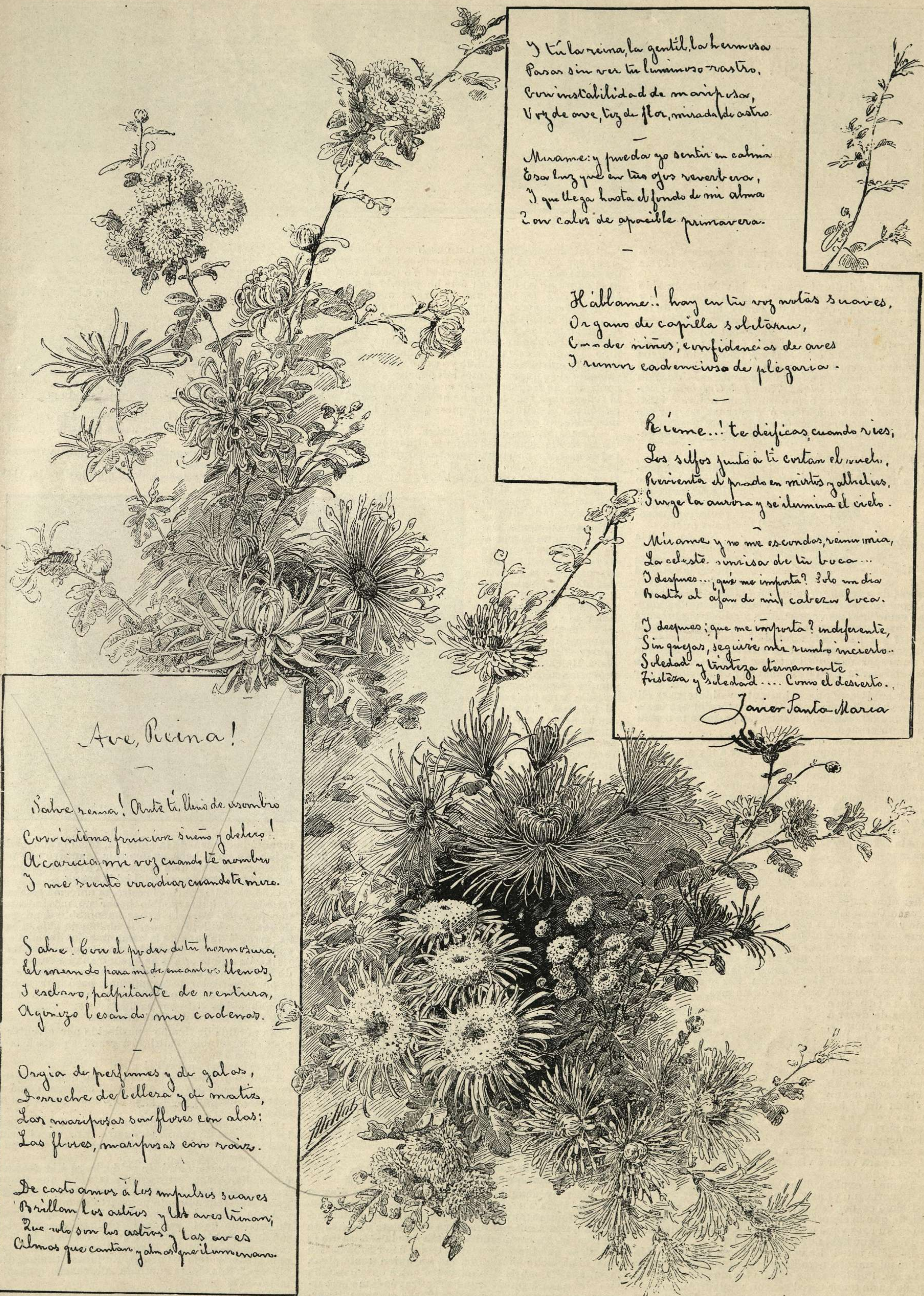
SEÑOR J. NAVARRO REVERTER



SEÑOR VÁSQUEZ MELLA



SEÑOR CANALEJAS



Y tú la reina, la gentil, la hermosa
 Pasas sin ver tu luminoso rastro,
 Con inestabilidad de mariposas,
 Voz de ave, luz de flor, mirada de astro.

Mirame: y pueda yo sentir en calma
 Esa luz que en tus ojos reverbera,
 Y que llega hasta el fondo de mi alma
 Con calor de apacible primavera.

Háblame! hay en tu voz notas suaves,
 Or ganos de capilla y violón,
 Como de niños; confianzas de aves
 Y rumor cadencioso de plegaria.

Reíeme...! te deificas cuando ríes;
 Los ojos juntos a ti cortan el vuelo,
 Periclitas el prado en mirtos y galbelios,
 Surge la aurora y se ilumina el cielo.

Mirame y no me escondas, rememora,
 La celeste sonrisa de tu boca...
 Y después... ¿qué me importa? Solo un día
 Basta al afán de mis cabezas boca.

Y después; ¿qué me importa? indiferente,
 Sin quejas, seguiré mi rumbo incierto...
 Soledad y tristeza eternamente
 Frías y soledad... Como el desierto.

Janier Santa-Maria

Ave, Reina!

Sabe reina! Ante ti lleno de esombro
 Con íntimo frívolo sueño y delirio!
 Al caricia mi voz cuando te nombro
 Y me siento irradiar cuando te miro.

Sabe! Con el poder de tu hermosura,
 El mundo para mí de encantos llenos,
 Y esclavo, palpitante de aventura,
 Agonizo besando mis cadenas.

Orgia de perfumes y de galas,
 Llovizna de bellera y de matices,
 Las mariposas son flores con alas:
 Las flores, mariposas con raíces.

De casto amor a los impulsos suaves
 Brillan los astros y las aves trinan;
 Que solo son los astros y las aves
 Almas que cantan y almas que iluminan.



Mala suerte! Oscar era su nombre de pila y Lapis-sotte el de su familia; era pobre, sin talento, y se creía un hombre de genio.

Su primer cuidado, al entrar en la vida, había sido adoptar un pseudónimo; el segundo, adoptar otro; y así sucesivamente, durante diez años, hizo uso de todos los vocablos fantásticos que pueden imaginarse para despistar la curiosidad desus contemporáneos.

Pero esta curiosidad que fingía él temer y que, por el contrario, ansiaba con todas sus fuerzas, no llegaba á despejar las espesas nieblas de su existencia. Con todos sus nombres de adorno, ora se llamase *Jacques de la Mole*, *Antoine Guirland*, *Tildy Bob*, *Gregorius Hampska*, bien se ocultase bajo desinencias nobles ó villanas, extranjeras, románticas ó modernas, no por eso dejó de permanecer el más desconocido de los plumíferos, el más obscuro de los desconocidos y el más pobre de los literatos.

La gloria no venía á él.

E pur si muove! Tengo aquí algo! se decía con convicción, hiriendo con su dedo en el armazón huesoso de su cráneo, que encontraba profundo porquese sonaba hueco.



No se podría decir á que aberraciones suele llevar la vanidad literaria. Hay

hombres de verdadero talento á quienes ha arrojado en inconcebibles ridiculeces, y aún á quienes ha inducido á cometer actos vergonzosos y odiosos. ¿Qué será pues, cuando atormenta á un miserable de nulidad patente? La paciencia agotada, el orgullo herido, la impotencia demostrada, una existencia perseguida por una esperanza inútil y tenaz: no hace falta tanto para producir la idea de acabar por un suicidio ó por un crimen.

Oscar Lapisotte no era bastante valiente para elegir la suerte. Por otra parte, sus pretensiones á la superioridad intelectual, encontraron pasto en la resolución de un crimen.

Se dijo, en efecto, que su genio había elegido hasta entonces un mal camino al dedicarse á los sueños del arte, y que estaba destinado á las violencias de la acción. Además, el crimen traería consigo una fortuna, y la riqueza pondría, al fin, de relieve este espíritu trascendente que vegetaba en la pobreza. Artística y moralmente, el desconocido se convenció pues, de que era necesario cometer un crimen.

Lo cometió. Y como si la realidad hubiera querido darle la razón, por la primera vez en su vida hizo una obra maestra.

II.

Diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapisotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle de San Dionisio. Perdido en medio de una treintena de inquilinos, conocido únicamente por uno de sus numerosos pseudónimos, había sido el amante de una criada charlatana, que le refería todos sus asuntos y que servía á una viuda muy anciana, enferma y bastante rica. Por lo demás, él no permaneció en esta casa más de un mes.

Una tarde que acababa de dejar á uno de sus amigos, interno en la Piedad, al pasar por una sala reconoció á la criada moribunda. Le dijo que no estaba en casa de la viuda desde hacía tres semanas, que su puesto había sido ocupado por una asistente y que su ama se encontraba demasiado enferma para venir á visitarla, lo que la era muy sensible.

—Ya me lo explico, dijo Oscar. Tendrás muchas ganas de verla ¿no es así?

—Oh! no es por eso. Es que tengo miedo, si muero aquí, de que la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de muerta.

—¿Y por qué había de despreciarte?

—Escuche usted. Le voy á decir toda la verdad. Usted fué mi amante, pero hace mucho tiempo que todo esto pasó. Puedo decirle que he tenido otros amores. ¿No me ha de tener usted rencor, verdad? Además usted sabe que yo no era la que necesitaba. Usted es un artista, un hombre de mundo. Fui su amante de paso, sin importancia. Pero hay en la casa un hombre que



es de mi misma condición, un cochero, y si la señora lo supiese sería mi perdición. He cometido por él tantas malas acciones! Ah, miserable! Yo estaba loca. El es el padre de mi hijo! por éste he pasado por donde él ha querido. Me prometía siempre reconocer al niño y casarse conmigo. Ahora veo que todo era una burla, pero no importa! Mi niño no será desgraciado con lo que yo le dejo, y la señora es bastante buena para cuidarlo. Porque he escrito á la señora que tengo un niño. Tengo la carta aquí bajo mi almohada, y quiero que se la entreguen cuando yo ya no exista, pero únicamente si se queman antes mis papeles. Porque de lo contrario me tragaria mejor mi carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría compasión por el pequeño, si supiese que es el hijo de una miserable, de una ladrona.

—Vamos, vamos, querida amiga, dijo bruscamente Oscar; explíqueme usted mejor la situación. Habla usted demasiado precipitadamente, baraja usted todo y es necesario que me ponga al corriente, con claridad, si es que quiere usted que le haga algún servicio. Yo no pido otra cosa, si es posible; pero necesito entenderlo todo bien.

En este momento, Oscar Lapisotte no pensaba en crimen alguno. Se dejaba sencillamente arrebatar por la curiosidad de un hombre de letras, olfateando una novela, y se preparaba á la copia.

—Y bien! continuó la enferma: he aquí lo que ocurre. Trataré de ser clara. He caído enferma repentinamente de un ataque de apoplejía, en la calle, y me han traído al hospital. La señora me ha dejado aquí porque no ha podido hacerme transportar. La he escrito y me ha respondido. Su asistente ha venido á verme de parte suya. Pero ni á la señora, ni á la criada he podido hablar de lo que me atormenta. Tengo un paquete de cartas

del cochero, ya sabe usted, del padre. Las cartas están llenas de malas acciones, robos que me aconsejaba y palabras de reconocimiento cuando yo los había cometido. Si, por él he robado á mi señora!

Hubiera hecho bien en quemar estas cartas malditas. Pero también había dentro de ellas caricias y promesas de matrimonio, y seguridades de que reconocería al pequeño. Por eso las guardaba. Un día, el tunante me amenazó con cogérmelas para comprometerme. Le negué dinero y me dejó entender que, una vez dueño de los papeles, haría de mi todo lo que él quisiera. Tuve un miedo horrible, y por lo mismo, no quise separarme de mis cartas. Para ponerlas en lugar seguro, pedí permiso al ama para confiarla algunos papeles de familia, que tenía yo en mucha estima, y de este modo conseguí guardar mis cartas en su *secretaire*. La señora me dió un cajón para mí con su llave. Sé muy bien que podría decirle que tengo necesidad de estos papeles. Pero desconfío de la asistente. Por palabras que ha soltado, creo adivinar que ella está ahora en relaciones con el cochero. Es un embustero, le digo á usted. Y si la engaña á ella, es para tener el paquete, que sabe en donde se oculta. Ya comprende usted mi situación. ¡Oh, si usted fuese tan bueno! No lo merezco, es verdad: pero sería muy hermoso por parte de usted, si me quisiera hacer este favor?

—¿Cuál favor?

—Traerme mis cartas.

—¿Pero cómo quiere usted que las tenga?

—Es muy sencillo. Todas las noches, á las diez, la señora toma su cloral para dormirse y en este momento duerme muy bien. Durante este tiempo, la asistente no está allí porque se vá á las siete después de la comida. Ya comprenderá usted que la señora no le ha dicho que toma cloral, por temor á ser robada. No me lo ha dicho más que á mí, en quien tenía plena confianza la pobre! Y bien, usted entra entonces, ella no oirá nada, y puede usted salir, trayéndome las cartas. La casa tiene dos puertas. Por la escalera de servicio, el portero no se enterará de nada. ¡Oh! Haga usted esto por mí, dígame que sí!

—Pero usted está loca! Y el *secretaire*, ¿cómo abrirlo? ¿Y la puerta del departamento, cómo pasar?

—Tengo otra llave del *secretaire*. La hice fabricar para robar á la señora ¡qué vergüenza!

Aquí está la llave con la de mi cajón. Aquí tiene usted también la llave para entrar por la cocina, por la escalera de servicio. Se lo ruego á usted. No sé por qué, pero tengo confianza en usted; estoy segura de que hará esto para que yo muera en paz.

Oscar Lapisotte tomó las llaves. Tenía los ojos fijos. Una repentina palidez cubrió su rostro. Contracciones nerviosas agitaban el pliegue de sus labios delgados. Repentinamente se le apareció la ocasión del crimen. Muerta aquella mujer, todo era fácil de llevar á cabo.

—¡Me ahogo! ¡me ahogo! prorrumpió la enferma, á quien su larga confianza había agotado. ¡Deme usted algo de beber!

La pieza se encontraba en la sombra, vagamente iluminada por una veladora.

En las camas vecinas todo el mundo dormía. Oscar



levantó la cabeza de la enferma, tomó la almohada y se la puso en la boca, en donde la mantuvo con puño de hierro durante diez minutos. Tuvo el horrible valor de aguardar con el reloj en la mano.

Cuando le descubrió el rostro, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer un movimiento ni dar un grito. Parecía haber sucumbido á un golpe de sangre. Volvió á poner la almohada bajo la cabeza, arregló la ropa de la cama debajo del cuello. El cadáver tenía el aspecto de una persona dormida.

La cama de la criada se encontraba bastante cerca de la puerta; el asesino salió sin hacer ruido. Deslizóse por el corredor de los internos, pasó por una portera de la calle de la Piedad y se encontró afuera, sin haber sido visto por nadie.

Eran las nueve y veinte minutos.

Sin pérdida de tiempo enardecido por ejecutar su plan, el miserable se dirigió á grandes pasos á la calle de San Dionisio.

En el camino maduró el plan. Penetró primero en la cuadra, en donde deberían encontrarse todos los arreos del cochero. Tomó una corbata, desgarró un pedazo y se lo puso en el bolsillo.

Después subió por la escalera de servicio, salvando los escalones de cuatro en cuatro. Era en el primer piso y podía franquear los dieciocho escalones sin temor de ser visto.

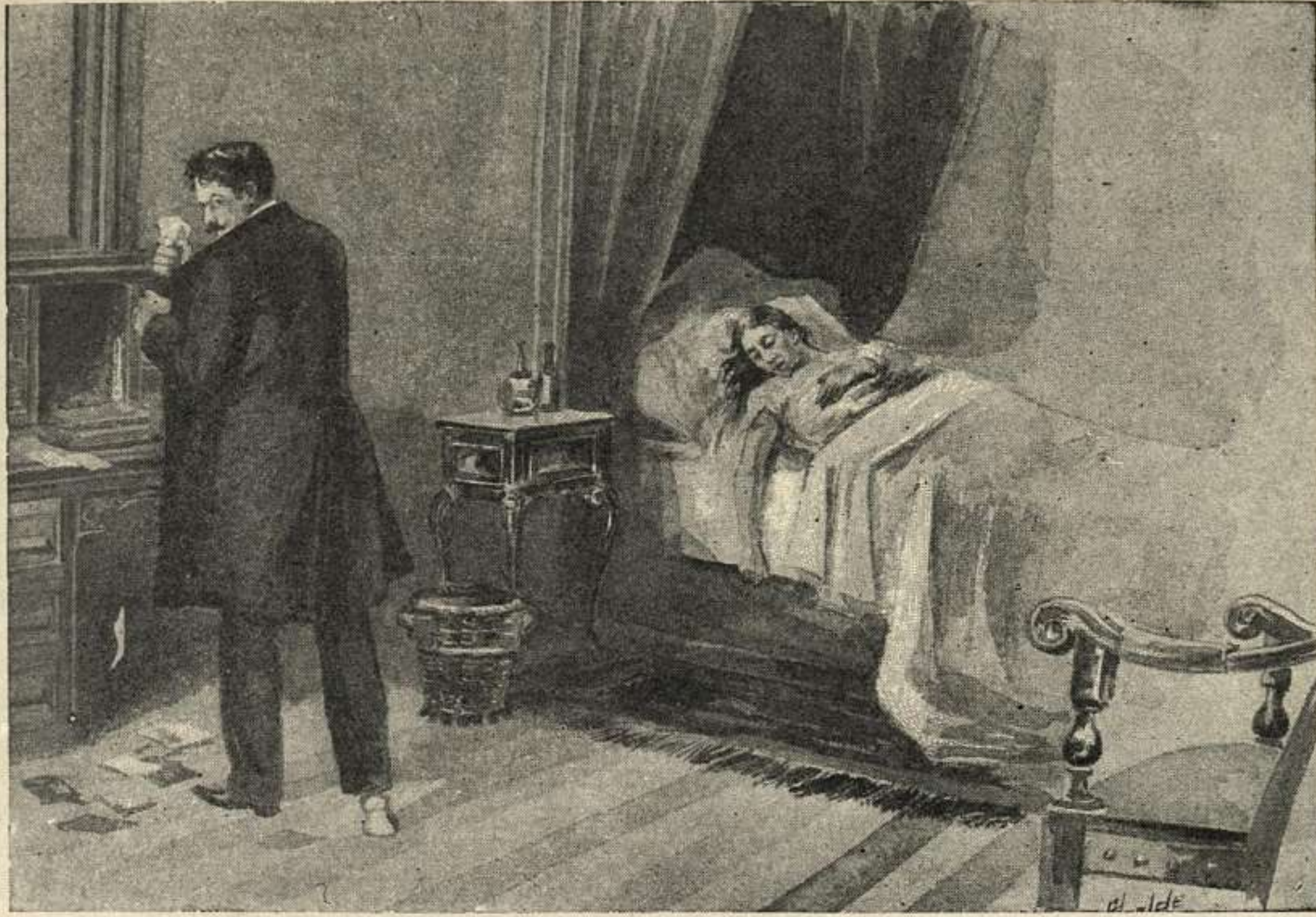
Arió la puerta, entró sin ruido, llegó á la recámara é inmediatamente estranguló á la vieja que dormía. También allí tuvo la sangre fría de mantener la garganta apretada durante un cuarto de hora.

Abrió en seguida el *secretaire*. En el cajón grande de enmedio había acciones y obligaciones; en el cajón de la izquierda, billetes de banco, en el de la derecha, rollos de lises. Hizo un paquete de los títulos al portador y dejó los demás. En junto, títulos, oro y billetes, había ciento cuarenta mil francos, que se los metió en el bolsillo.

Se ocupó en seguida de las cartas. Las encontró en un rincón, en lo alto, en donde la criada le dijo que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero quedando intactos los fragmentos mas comprometedores para la criada y para el cochero. Algunos solamente, bien escogidos, bastaban para reconstruir toda la historia del niño, de las exhortaciones al robo, de los hurtos cometidos. Los puso á la vista, admirablemente arreglados para hacer creer que las cartas habian sido quemadas apresuradamente y que el autor del crimen se habia alejado antes de que estuviesen completamente consumidas.

Colocó —desgarrándolo— el pedazo de corbata en la mano derecha, cerrada y crispada de la muerta.



Salió entonces, e lanzó como un relámpago hasta la calle, y en seguida se puso á caminar con el paso tranquilo y distraído de un transeúnta pensativo.

III.

Un crimen, en efecto, no es verdaderamente una obra maestra sino cuando el autor queda impune. Por otra parte, la impunidad no es completa sino cuando la justicia condena á un falso culpable.

Oscar Lapissotte obtuvo la impunidad completa.

La justicia no vaciló un instante para encontrar al asesino. Evidentemente era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Quién otro sino el cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las circunstancias favorables al crimen? ¿Quién otro sino él podía tener las llaves? ¿No habia comenzado por robar á la viuda, de acuerdo con la criada? ¿No era lógico que hubiera franqueado el paso que separa el robo del asesinato? Por otra parte, el pedazo de corbata lo acusaba con toda claridad. Para colmo de desdichas, el cochero tenia malos antecedentes. Como última circunstancia agobiante, no pudo justificar el empleo de su tiempo en la hora fatal. En vano negó, protestó su inocencia: todo estaba contra él, nada hablaba en favor suyo.

Fué juzgado, condenado á muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el defensor, los periódicos, el público estuvieron de acuerdo, conservando la conciencia tranquila á este respecto. No quedó más que un punto obscuro en este asunto: la fortuna, que nunca se pudo encontrar. Se creyó que el miserable la habia ocultado en lugar seguro, pero nadie dudó de que él la hubiese robado.

En suma, si alguna vez ha existido criminal reconocido como culpable de su crimen, fué éste.

IV.

Se dice que la conciencia de una buena acción da una paz profunda. Pero pocas gentes han tenido el atrevimiento de decir que la impunidad de una mala acción procure también la felicidad. Barbey d'Aurevilly, entre sus admirables *Diabólicas*, no ha temido escribir una novela titulada "La dicha del crimen," y ha tenido razón, porque los malvados conocen la serenidad. Oscar Lapissotte pudo gozar en toda paz de su doble asesinato y saborear los frutos de él, en una absoluta tranquilidad. No experimentó remordimientos ni terrores. La única cosa que lo turbaba y que se acrecentó poco á poco, fué un inmenso orgullo.

Orgullo de artista, sobre todo. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral, fué precisamente la perfección de su obra y el sentimiento que tenia de no haberse hecho acreedor á ningún reproche.

En esto, únicamente, encontró su sed de superioridad motivo de beber hasta la embriaguez.

En todo lo demás, permaneció un hombre mediocre, obscuro, justamente desconocido. Trataba en vano de aprovecharse de su fortuna para abrir la puerta de los periódicos y de las revistas; en vano también se esforzaba en obsequiar á la crítica; no conseguia hacerse escuchar del público. Sus versos, su prosa, sus ensayos escénicos, tenían el sello de la nulidad. Las personas del oficio conocian á Anatolio Desroses, el aficionado á las letras que tenia más ren-



tas que talento; pero los lectores se burlaban de todas sus revistas, y todo el mundo estaba de acuerdo en negarle la más pequeña brizna de ingenio. Estaba él plenamente convencido de su impotencia.

Y sin embargo, se decía muchas veces con un relámpago en los ojos, y sin embargo, si yo quisiera...

Si yo refiriese mi obra maestra porque yo he hecho una obra maestra. No hay duda en esto. Anatolio Desroses es quizás un cretino, sea; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. Es terrible pensar que una cosa tan bien imaginada, tan poderosamente concebida, tan vigorosamente ejecutada, realizada de modo tan completo, ha de permanecer desconocida eternamente.

¡Ah! Aquel día si tuve inspiración, la verdadera, la inspiración de las cosas perfectas. ¡Dios mío! El Abate Prevost ha garrapateado más de cien novelas detestables y no ha escrito más que una "Manon Lescaut." Bernardino de Saint Pierre no dejará más que "Pablo y Virginia." Hay muchos de estos genios singulares que no producen más que una sola obra. Pero también ¡qué obra! como un brillante monumento en la literatura. Yo pertenezco á esta familia de espíritus. No he hecho más que una cosa hermosa. ¿Por qué la he vivido, en vez de haberla escrito? Si la hubiese escrito sería célebre. No tendría sino un cuento que enseñar, pero todo el mundo lo desearía leer, porque sería el único en su género. He hecho "la obra maestra del crimen."

Esta idea se convirtió á la

larga en una obsesión.

Durante diez años luchó con ella. Se dejó devorar, primeramente, por la pena de no haber substituido la imaginación á la acción: después por el deseo de referir la acción como producto de la imaginación. Lo que le perseguía no era el demonio de la perversidad, este poder singular que impulsa á los personajes de Edgar Poe á gritar sus secretos, era únicamente una preocupación literaria: la necesidad de fama, el deseo de gloria.

Como un pertinaz consejero que rechaza una á una todas las objeciones y que hace valer los argumentos capciosos, su idea fija le perseguía con mil razonamientos.

¿Por qué no escribes la verdad? ¿Que temas? Anatolio Desroses se encuentra al abrigo de la justicia. El crimen es viejo. Ha sido olvidado por todo el mundo. Su autor es conocido; murió, y fué enterrado con la cabeza separada del cuerpo. Tú aparecerás como el arreglador artístico de una antigua historia judicial. Delinearás todas tus ideas oscuras, todos los horrores que has combinado para cometer el hecho, todas las circunstancias que te ha facilitado este ma-



ravilloso inventor que se llama el azar. Tú solo estás en el secreto de la obra y nadie adivinará que has ido á tomarla á la realidad. No se verá en tu cuento más que el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Entonces serás el hombre que quieres ser; el gran escritor que se revela tarde, pero por un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen, como criminal alguno ha gozado del suyo..... Te habrás atraído no solamente la fortuna, sino también los laureles. ¿Y quién sabe? Después de éste primer éxito, cuando tengas un nombre, harás que se lean tus demás obras, y se modificará sin duda, la injusta opinión que de tí se tiene. En el camino de la celebridad del primer paso es el que cuesta. ¡Valor! Recobra algo de esta maravillosa osadía que has tenido un día en tu existencia. Observa qué buen éxito has tenido con ella. Pues tampoco dejaría de darte resultados ahora. Una vez has sabido tomar á la ocasión por los cabellos. La tienes nuevamente, hoy, entre tus manos. ¿Le dejarás escapar? Tú sabes demasiado bien que la obra es hermosa ¿no es verdad? Y bien, cuéntala sin miedo, sin ambages, orgullosamente, en todo su magestuoso horror. Y, si quieres crearme, ve hasta el fin de tu orgullo, renuncia al pseudónimo que aparece como nombre tuyo, y firma con tu nombre que aparecerá como un pseudónimo. Jacques de la Mole, Antoine Guirland, ni Anatolio Desroses, no es este montón de individuos sin talento á quienes harás célebres; eres tú, únicamente tú Oscar Lapissotte.



Y un día, Oscar Lapissotte, se sentó enfrente de un pliego de papel en blanco, con la cabeza ardiente, la mano febril, como un gran poeta, dispuesto á crear una gran cosa, y escribió la historia de su crimen.

Refería los miserables comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus multiplicados fracasos, su triste medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que se agitaban en su cerebro; las rebeldías de un corazón que la quimera ha engañado y que desea vengarse de lo real, toda una novela de psicología penetrante, la anatomía de su espíritu. Después, en rasgos sobrios y de una terrible claridad, describía la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces con una sutileza de detalles, curiosa y satánica, analizó las causas que habian decidido al autor á publicar su crimen, acabando por la apotheosis de Oscar Lapissotte, cuyo nombre escribió abajo de esta confesión.

V.

La "Obra maestra del crimen" apareció en la *Revue des Deux Mondes* y obtuvo un éxito prodigioso. La prensa habló de ella con extraordinario calor. Sevar dió una conferencia en el *boulevard* de los Capuchinos, á propósito de la obra. Estableció comparaciones con Tot-Hoffmann y Edgard Poe; dijo dos palabras acerca del arte dramático con motivo de las preparaciones psicológicas que precedian á la escena del crimen; hizo una digresión acerca del *vaudeville*, otra sobre la escuela normal; otra tercera sobre la ciencia de la digresión, y últimamente, llamó al autor *cuarto de genio*, dándole un golpecito familiar en el estómago.

En suma, hubo un concierto de elogios, aparte de las vociferaciones indispensables de los envidiosos, de los tontos y de las insignificancias del periodismo.

VI.

Sin embargo, en todos los artículos, aún en los más encomiásticos habia dos cosas, que irritaron profundamente á Oscar Lapissotte.

La primera era que el público se obstinaba en tomar su verdadero nombre por un pseudónimo, y seguía llamándole Anatolio Desroses.

La segunda que se hablaba demasiado de su imaginación sin hacer resaltar la verosimilitud de su relato.

Estas dos cosas le atormentaron á tal punto, que d'ó al olvido toda la fortuna de su naciente gloria. Los artistas están de tal modo hechos, que aun cuando la crítica los coloque en un lecho de rosas, sufren cuando una hoja forma el menor plieguecillo.

Así, un día, cuando un *quidam* felicitaba al autor de la "Obra maestra del crimen", llenándolo de incienso de arriba abajo, el gran hombre le respondió intempestivamente:

—Ah, señor! Usted me felicitaría de muy distinto modo, si supiese la última palabra del asunto. Mi novela no es cuento, es un suceso. Se cometió el crimen tal como yo lo refiero, y fui yo quien lo cometió. Mi verdadero nombre es Oscar Lapissotte.

Decía esto friamente, con aire de convicción, fijando bien sus palabras, como quien desea ser creído.

—¡Encantador! ¡Encantador!—exclamó el otro—la broma es deliciosa.

Y al día siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Se encontraba también encantadora la tentativa de satisfacción, por la que Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar la atención de París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer esta confesión terrible, habia obrado, por algún modo, maquinalmente. Ahora, tenia realmente necesidad de ser creído por alguien.

Renovó su confesión á todos los amigos con quienes tropezó en la vía pública. El primer día, pareció divertido. El segundo, se dijo que la broma era monótona. El tercero, la tuvieron por aburrida. Al cabo de una semana, acabó por pasar por un imbécil.

No sabia mantenerse á la altura de su reputación de hombre de talento. Sus partidarios más ardientes lo hicieron á un lado.

Este comienzo de hundimiento, lo exasperó. —¡Ah! Esto es demasiado! decía á los incrédulos. Así, nadie quiere dar crédito á lo que es la verdad exacta? ¿nadie quiere reconocer que no solamente he escrito, sino ejecutado, la *obra maestra del crimen*?

Y bien, tendré el corazón limpio. Mañana, todo París sabrá quién es Oscar Lapissotte.

VII.

Fué en busca del juez de instrucción que tuvo á su cargo el proceso de la calle de San Dionisio.

Señor, le dijo: vengo á constituirme preso. Soy Oscar Lapissotte!

—Esinútil que usted continué, le contestó el juez con aire amable. He leído la novela de usted y lo felicito sinceramente. También sé la excentricidad á que se entrega usted desde hace ocho días. Otro que no fuera yo, se enfadaría, tal vez, al verle llevar la broma hasta la magistratura. Pero á mí me gustan las letras y no le impediría que tratase de convencerme de la espiritual broma, puesto que ella me proporciona el placer de conocerle.

—¡Eh, señor! dijo Oscar impaciente ante semejantes manifestaciones de política. No se trata de una broma! Le juro á usted que soy Oscar Lapissotte, que he cometido el crimen y lo voy á probar.

—Bueno, caballero, replicó el magistrado; va usted á ver cuán complaciente soy. En vista de lo curioso del hecho, me prestare á esta farsa. Aun debo confesar á usted que de antemano me regocijo al ver cómo un espíritu tan discreto como el suyo, podrá gobernarse para demostrar lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he confesado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fui quien.....

—Creo haber dicho á usted que he leído su novela. Si es á usted agradable referirmela por sus propios labios, tendré un placer infinito. Pero esto no me probará más que una cosa que estaba ya probada, y es que usted tiene una imaginación singularmente rica y rara.

—No he tenido imaginación sino para cometer un crimen.

—Para escribirlo. Para escribirlo, señor, para escribirlo. Y ¡vaya! déjeme usted decirle todo lo que pienso á este respecto. Ha dado usted pruebas de mu-

cha imaginación, pasó usted los límites permitidos á la fantasía del escritor, inventó usted ciertas circunstancias que pecan contra lo verosímil.....

—Pero si le digo á usted que.....

—Déjeme acabar. Usted ha de convenir en reconocerme alguna competencia en materia de crímenes. Bueno, pues yo le aseguro con la mano en la conciencia, que el crimen de usted no ha sido ideado con naturalidad. El encuentro con la criada en la Piedad es demasiado casual. El cloral, es inadmisibile. Y aun otros detalles. En tanto que la obra de arte, la novela, es encantadora, original, bien desarrollada, lo que se llama palpitante; y admito que usted hace bien, como escritor, en modificar de este modo la realidad. Pero el crimen, el famoso crimen que dice usted haber cometido, es en sí mismo imposible. Querido Sr. Desroses lamento mucho disgustar á usted; pero si lo admito como literato, no puedo tomarlo á lo serio como criminal.

—¡Eso es lo que vas á ver! gritó Oscar Lapissotte, saltando sobre el magistrado.

Tenia la boca llena de espuma, los ojos inyectados



de sangre, el cuerpo agitado por un acceso de cólera. Hubiera estrangulado al juez, si no hubiese acudido gente al ruido de los gritos.

Se apoderaron de este furioso, y lo condujeron á Charenton como loco.

—¡Eh! aquí donde conduce la literatura! escribía al día siguiente no recuerdo qué cronista Anatolio Desroses hizo una vez, por casualidad algo bello. Se ha conmovido de tal modo, que ha acabado por creer en la realidad de su sueño. Es la vieja fábula de Pigmalión enamorado de su estatua. Este pobre de Murger me decía un día... etc.... etc.

VIII

Y lo que había de más horrible es que Oscar Lapissotte no estaba loco. Gozaba de toda su razón, lo que lo torturaba cruelmente.

Así, pensaba, tengo todas las desgracias. No se quiere creer en mi nombre, ni en mi crimen. Cuando haya muerto, pasará sencillamente por Anatolio Desroses, un escritorzuelo que tuvo la suerte de escribir un solo cuento bonito; y se tomará como un personaje de novela á este Oscar Lapissotte, á este ser que soy yo, al hombre de sangre fría, de decisión, de acción, al héroe de la ferocidad, á la negación viva del remordimiento. ¡Oh! que se me guillotine, pero que se sepa la verdad. Aun cuando no fuese más que un minuto, antes de poner mi cuello en el tajo; aun cuando no fuese más que un segundo, durante el tiempo que la cuchilla cayese; aun cuando fuera un relampago, quiero tener la certeza de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Se trató esta exaltación por duchas.

En fin, á fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, se volvió también loco.

Oscar Lapissotte había acabado por creer que era Anatolio Desroses y que nunca había cometido tal asesinato.

Murió con la convicción de haber imaginado su obra y no haberla ejecutado.

JUAN RICHEPIN.



PIERROT Y SUS GATOS

El invierno se presentaba excesivamente frío y más que frío desagradable. Las rachas heladas soplaban á cada momento barriendo la nieve, azotándola sobre los transeúntes, golpeando cristales, arrancando pedazos de pizarra en los tejados, levantando las faldas y haciendo volar los paraguas.

Pierrot, desolado por la frialdad y el abandono de su buhardilla, se había lanzado en plena calle cuando los mecheros de gas comenzaban á encenderse. Llenó sus bolsillos de castañas calientes y metió en ellas las manos para abrirlas; luego, haciendo una mueca desdeñosa á la temperatura echó á andar apartándose de los lugares bulliciosos.

Sin saber por qué sentía versión á lo que diariamente frecuentaba. Los cafés encendidos, repletos de gente, llenos de risas, frases y voces, de colores y de ruidos, de faldas y de fracs se le hacían antipáticos. Difícilmente hubiera soportado la conversación de un clubman, un cabotin ó una cocotte.

Pierrot sentía spleen.

Bajó hacia los muelles. El Sena profundamente negro reflejaba las luces de sus bordes que cintilaban y serpenteaban produciendo un cuadro feérico: parecían inmensas flores fosforescentes, crisantemas del amarillo mas exelso, hostias de oro, soles caídos en el agua donde navegaban culebras luminosas, arrastrándose y desarrollándose entre flores, astros y soles. De cuando en cuando todo aquello era roto por el paso de un vaporcillo, una golondrina blanca que huía desapareciendo entre las arcadas de los puentes.

Pierrot caminaba preocupado mirando los árboles secos, escuetos, mostrando sobre sus ramas áridas que se levantaban como brazos que imploran algo como boas extendidas y que solo era la nieve reposando en el lugar de las hojas. Bajo sus pies todo era blanco y blando; sus zapatillas se hundían, su cuerpo parecía una de esas ráfagas que el viento levantaba. Y

Pierrot algo halagado por la pureza del color, considerando á la naturaleza vestida con su propio traje, continuaba su marcha con los ojos fijos en la silueta de "Notre Dame" que á lo lejos se recortaba en la negrura.

Pierrot estaba triste. Sentía una de esas melancolías inmotivadas que caen sobre nosotros como una lluvia negra y hacen pensar en una enlutada que se obstinara en agarrarse á nuestro brazo siguiéndonos por todos lados. En esos momentos, él, que siempre reía, él que todo desdeñaba, él que había alcanzado la suprema filosofía y la más completa impasibilidad, sentía que en su vida faltaba algo: era uno de los raros momentos en que echaba de menos las caricias de Colombina y Colombina reía sin duda en alguna salita donde hubiera luces parecidas á estrellas, risas parecidas á cascabeles

en el amor, necesitaba algo que le amara, algo que le hiciera salir de su aspereza y de su desprecio por todo lo humano. Se irritaba contra los pasantes, contra el frío, contra el ruido, contra sí mismo; se irritaba al pensar en su carácter, al considerar el vacío que su indiferencia le formaba, se irritaba contra su mueca burlona. Hubiera querido ser el primer venido que frente á él pasara, sentir como él, pensar, llorar y reír como él. En el alma de Pierrot se levantaba una de esas amarguras sordas y silenciosas que consumen á los payasos, á los cómicos, á los humoristas, á los vendedores de risas que constantemente tienen que llevar una máscara.

La mancha blanca de la túnica de Pierrot seguía avanzando como una ráfaga de nieve que el viento fuera empujando. Levantó la vista para buscar á su amada y su consoladora, sin encontrarla. La luna también le era esquiva esa noche y su tristeza iba en aumento.

Al llegar á la estatua de Enrique IV se sintió fatigado; miró al Rey galán, recordó sus hazañas y sus genialidades y otra vez el pliegue desdeñoso de su labio apareció; llevando la tristeza de la miseria humana atravesó para sentarse en el umbral de una de las puertas de «Notre Dame»

El sueño comenzó á rendirle y soñó cosas caprichosas y pierrotescas: vió infinidad de fracs pendiente de los árboles como ramilletes, y vió infinidad de cuervos picando cerebros vacíos y vió cuervos desnudos de mujeres hermosas de los que las carnes caían en podredumbre mientras los labios rosados reían, reían en constante é histérica carcajada y su sueño fué siendo más denso, más denso.

Un maullido débil, cariñoso, ligeramente agudo, como nota escapada de una cuerda demasiado tirante, le despertó; á ese maullido siguió otro, y luego otro.

Pierrot miró asombrado y dos, cuatro seis ojillos redondos y luminosos se clavaron sobre él mientras los maullidos continuaban lánguidos como suspiros de

mujer. Tres gatos negros resaltando como manchas de carbón sobre el pavimento cubierto de nieve, lo rodeaban: tres gatos que avanzaban tímidos, con coquetería de señorita, tres gatos que parecían preguntarle: ¿Nos quieres á tu lado? y Pierrot quedó absorto.

«El carácter de los gatos..... —se dijo— cosa mas singular! nunca había yo pensado..... Tienen razón en buscarme pues algunos puntos de contacto tenemos. Como yo son esquivos, desdeñosos y afectos á lo suntuoso. Sus mantos son suaves, ricos, blancos á menudo; sus actitudes son distinguidas. Gustan de la noche y se aman á la claridad de la luna. Son caprichosos. A una caricia responden hurañamente con un arañeo, son soberbios y difíciles de domar, son orgullosos y despreciativos, son desinteresados, Acompañan al hombre, lo toleran mientras les placen cuando se cansan vuelven el rostro y se alejan con pisadas lentas y señoriles. Venid y alegrad con vuestras voces mi buhardilla, regocijadme con vuestras posturas elegantes y con vuestros gestos dignos. Seréis mis compañeros, y en mis momentos de debilidad me enseñaréis á recordar el orgullo»

Pierrot se levantó, y cuentan que algunos parisien- ses pudieron ver el singular espectáculo de Pierrot caminando en pleno invierno, parecido á una ráfaga de nieve y seguido de tres gatos negros cuyas miradas fulguraban como chispas de carbón encendido.

BERNARDO COLTO CASTILLO.



LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 7.

Germana, ante el espectáculo nuevo para ella de tantos templos dominando el mar sin horizontes, de tantos oratorios sembrados en medio de las landas, de tantos campanarios asomando sus agujas por encima de los bosques y á la orilla de los ríos, se sentía dominada por el más vivo entusiasmo.

La devoción á las fuentes, las indulgencias en nombre de una multitud de santos de advocaciones raras y desconocidas, todos los detalles de ese culto popular, la conmovían maravillándola.

Su fervor más ardiente se traducía por numerosas limosnas á los mendigos que en tierra bretona abundan tanto como las iglesias, y su humor caritativo era causa de un constante deslumbramiento para Ivona Quemeneec.

Germana siguiente, si bien notó al despertar que ya su compañera se había levantado y no estaba allí. Avergonzada de su pereza, se apresuró á vestirse, pero cuando buscó el saquito de su dinero que llevaba en la cintura, no lo pudo encontrar.

En vano revolvió el lecho y registró en todos sentidos: el saco que contenía todo su dinero había desaparecido al mismo tiempo que la mendiga. Una vaga sospecha germinó en su cerebro: ¿Ivona la había robado? Bajó alarmada, preguntó por su compañera de viaje y supo que desde el alba había partido. Corrió á la Piscina, erró por las galerías, visitó la iglesia y no encontró huella alguna de la fugitiva.

Consternada y afligida regresó á la posada in-

perdida con sus aires de mosquita muerta. No mi bien, ó paga en el acto ó llamo á los gendarmes.

—Señora, no haga usted eso, suplicó Germana deshaciéndose en lágrimas, juro á usted que soy una joven honrada.

Esta escena tenía lugar en presencia de un anciano sacerdote, que le prestaba atento oído al mismo tiempo que se desayunaba con un vaso de leche.

—Señora Le Clainche, dijo interviniendo de pronto, no sea usted tan lijera para juzgar á su prójimo. Esta joven no tiene cara de aventurera y parece de buena fe. Veamos, hija mía, añadió paternalmente acercándose á Germana ¿de dónde es usted?

Ella dijo que de Auberive, y dió la dirección de señor Ormancey, luego hizo una relación de cómo encontró á la viuda de Quemeneec en el Monte de San Miguel y en qué condiciones viajaron juntas.

—Pues bien, añadió el eclesiástico: va usted á escribir á su notario en mi presencia y yo me encargo de poner la carta en el correo. . . . Y usted, señora Le Clainche admitirá á esta niña durante ocho días; si es sincera, como lo creo, el dinero no tardará en llegar, y en todo caso yo respondo por el valor del hospedaje.

La posadera que conocía al sacerdote se conformó desde luego y Germana escribió á su notario para explicarle su situación y para suplicarle le enviase sus fondos.

Transcurrieron algunos días durante los cuales la posadera siempre con sus sospechas, no perdía de vista á Germana que impaciente, ansiosa y viéndose vigilada, permanecía en su cuarto sin aprovecharse casi de la vecindad del santuario milagroso. Sentada cerca de la ventana desde donde se distinguía el campanario, pasaba largas horas rezando al buen Dios para que la sacara de sus apuros.

Al fin llegó el dinero; y calmada la posadera ante el espectáculo de los billetes de banco insistía en que la joven permaneciera unos días más, siquiera los necesarios para hacerle una novena á Santa Ana, pero la reciente aventura había dejado á Germana disgustada contra Bretona y los bretones y su pensamiento era visitar á Lourdes buscando así una compensación á sus contrariedades.

Dió pues las gracias al sacerdote que tan oportunamente vino en su auxilio, se despidió de la posadera y partió á pié con dirección á Vannes donde pensaba tomar el ferrocarril.

Pasó la noche en una posada de aldea y al día siguiente se dió prisa para dirigirse á la ciudad; y cuando le faltaba para llegar, una media legua, distinguió los campanarios que brillaban con el sol de Julio. Casi llegaba á las primeras casas, cuando vió á la orilla del camino una campesina que estaba acostada, gimiendo y con los vestidos en desorden. Suponiendo que alguna enfermedad la habría atacado, Germana compadecida se aproximó y ¿cuál no sería su sorpresa cuando reconoció á la viuda Quemeneec!

Un movimiento de indignación la sacudió de pronto, aumentándose al ver que la ladrona no estaba enferma sino ebria y sintió impulsos de castigarla entregándola á la autoridad; pero al pensar en el ignominioso estado de aquella infeliz se avergonzó de sus impulsos vengativos, y pensó que el cielo le estaba presentando ocasión de mostrarse verdaderamente cristiana perdonando á la que la había ofendido.

Con estos pensamientos sacó de su bolsa un pañuelo, cubrió religiosamente la cara enrojecida de la mendiga y luego siguió su camino.

IV.

Era una mañana alegre y luminosa cuando Germana descendió por primera vez la larga calle inclinada que conduce á la gruta de Lourdes. El cielo de un azul obscuro brillaba por encima de las casas, la brisa de la montaña llegaba



Le censuraba á veces tanta prodigalidad y veía con ojos de asombro los luises de oro y las piezas de plata, que danzaban en el fondo del saquito de cuero que llevaba Germana atado á la cintura.

Después de un mes de viajes edificantes y de estaciones piadosas, llegaron por fin á la plaza sombreada de castaños donde en cauce de piedras corre la fuente consagrada á Santa Ana. Durante toda una tarde Germana paseó muy conmovida y guiada por Ivona por el patio de la capilla á lo largo de las galerías llenas de tiendas ó bajo las arcadas del altar aereo desde donde se dice una misa que puede ser oída por diez mil peregrinos.

Luego regresaron abrumadas de fatiga y llenas de admiración á la posada; y allí después de una comida en que reinó la mayor jovialidad, se recogieron en dos lechos que estaban muy cercanos uno de otro en un cuarto reducido.

Germana durmió de un solo sueño hasta la ma-

tentando dudar todavía; la pérdida del dinero la contrariaba menos que la pérdida de sus ilusiones y se resistía á creer en semejante infamia.

Sin embargo, pronto se convenció y ruborizada contó á la hostelera su desventura que ésta oyó con una sonrisa de incredulidad; sonrisa que se cambió en una mueca de indignación cuando la joven confesó que de pronto se encontraba sin un céntimo.

—Hija mía, dijo, á mí no se me viene con historias. Estoy muy acostumbrada á estas farsas para dejarme enternecer con lamentaciones. Sería muy conveniente regalarse en un hotel y luego irse sin pagar.

—Pero, protestó Germana desolada yo no quiero irme así, lo que pido es que se me conserve aquí mientras ocurro á mi país para que se me mande con qué continuar el viaje.

—Conozco el procedimiento. El dinero vendrá la semana de los cuatro jueves, y mientras engordará usted aquí á mis costillas. Usted es una

fresca y pura, una especie de regocijo se desprendía de todas las cosas y Germana se regocijaba también en lo íntimo de su corazón porque iba a ver al fin el lugar santo cuyas maravillas había oído tantas veces ponderar y al cual iban peregrinos de todo el mundo, ávidos de llegar a la fuente milagrosa que purifica y de la cual se sa-



valle. y sintió que palpitaba conmovido su corazón cuando distinguió las rocas grises de la gruta y los edificios de la piscina. Sus ojos deslumbrados contemplaban alternativamente los conventos y la gigantesca basilica cuya blancura resplandecía sobre la verdura del paisaje, pero aun allí su piedad no se satisfizo.

Habría deseado para circundar la gruta de Bernardetta, más humildad, una paz más íntima, una devoción más discreta. Además, á poca distancia de los edificios religiosos acababa de descubrir una extensa rotonda en torno de la cual se leía en gruesos caracteres: *Diorama de la aparición; Panorama de Lourdes*, y la escandalizó esta extraña mezcla, esta promiscuidad de lo sagrado y lo profano.

Pero luego este primer sentimiento de reprobación se disipó cuando llegó al frente de la gruta legendaria y la distinguió toda constelada de cirios, y tapizada de *exvotos*. Se arrodilló emocionada frente á la verja de entrada y reprochándose sus malos pensamientos, rogó á la Virgen que se los perdonara. Poco á poco su alma se pacificó, la alegría brotaba de lo íntimo de su ser y sentía la aproximación de ese éxtasis que la ponía en comunicación con su divino Jesús.

le curado de las miserias del cuerpo y del alma.

Durante el viaje, Lourdes le causaba el efecto de una nueva Jerusalén sobre la cual lucieran en su gloria Jesús, la Virgen y los Santos, y soñaba con que oiría, como una música divina, el batir de alas de los ángeles, siendo ella como Pedro y Jacob transportada á la cima de una alta montaña donde vería al Cristo transfigurado, vestido de esplendores y más blanco que la nieve.

Toda se estremecía al pensar en esa niña, en Bernardetta, elegida para ver la primera en las rocas de Lourdes á la Santa Virgen y recibir la revelación del mérito de aquellas aguas, y se remontaba á los primeros tiempos de la devoción en la gruta, á las hostilidades de los gobernantes, á la incredulidad de los impíos que acabó por fin en que millares y millares de peregrinos, vinieran de todas partes del mundo á lavarse en el agua sagrada, mientras los milagros florecían como rosales bajo la mirada virginal de la madre del Salvador.

Ahora este lugar se había convertido en el punto de cita de los fieles; y la que anunció estas maravillas estaba en el fondo de un claustro sin haber vuelto á contemplar la gruta en sus días de esplendor. Germana se enternecía pensando en Bernardetta que, como Moisés, no había podido vislumbrar sino de lejos la tierra de promisión.

Sumida en estas piadosas meditaciones, la jorobada recorría la extensa calle; y cuando sus ojos, absortos por las visiones interiores, se abrieron con curiosidad, sintió una ligera decepción. A los dos lados del camino se alzaban filas de tiendas donde se vendían cirios, estampas y toda suerte de baratijas de iglesia dando al sitio un aspecto de bazar vulgarote é impío.

Por todas partes se veían letreros religioso-mercantiles, en que se anunciaban establecimientos de los hermanos, tios y demás parientes de Bernardetta, vendiendo toda suerte de efectos bajo advocaciones sagradas que dejaban á la jorobada llena de asombro; pero su indignación subió de punto cuando al pié de la colina se vió perseguida, molestada, asediada por un ejército de desvergonzadas vendedoras de velas que le proponían su mercancía.

Al fin pudo desprenderse y llegar al fondo del

Feliz al probar otra vez esas efusiones que tanto la consolaron en la iglesia de Auberive, se sentó en una de las bancas y no quitaba los ojos del interior del santuario, donde el continuo cintilar de los cirios acabó por fascinarla, de modo que sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo, se sentía como levantada del suelo por una fuerza misteriosa.

Entre tanto la mañana avanzaba, los alrededores de la gruta, hasta entonces solitarios se hacían más ruidosos y el vaiven de curiosos interrumpió á Germana en su extático recogimiento. Detrás de ella, las bancas se llenaron de peregrinos que recitaban plegarias en voz alta; y luego procesionalmente hombres, mujeres y niños desfilaron, penetraban en la gruta, frotaban contra las rocas rosarios y objetos de piedad, ó encendían nuevos cirios.

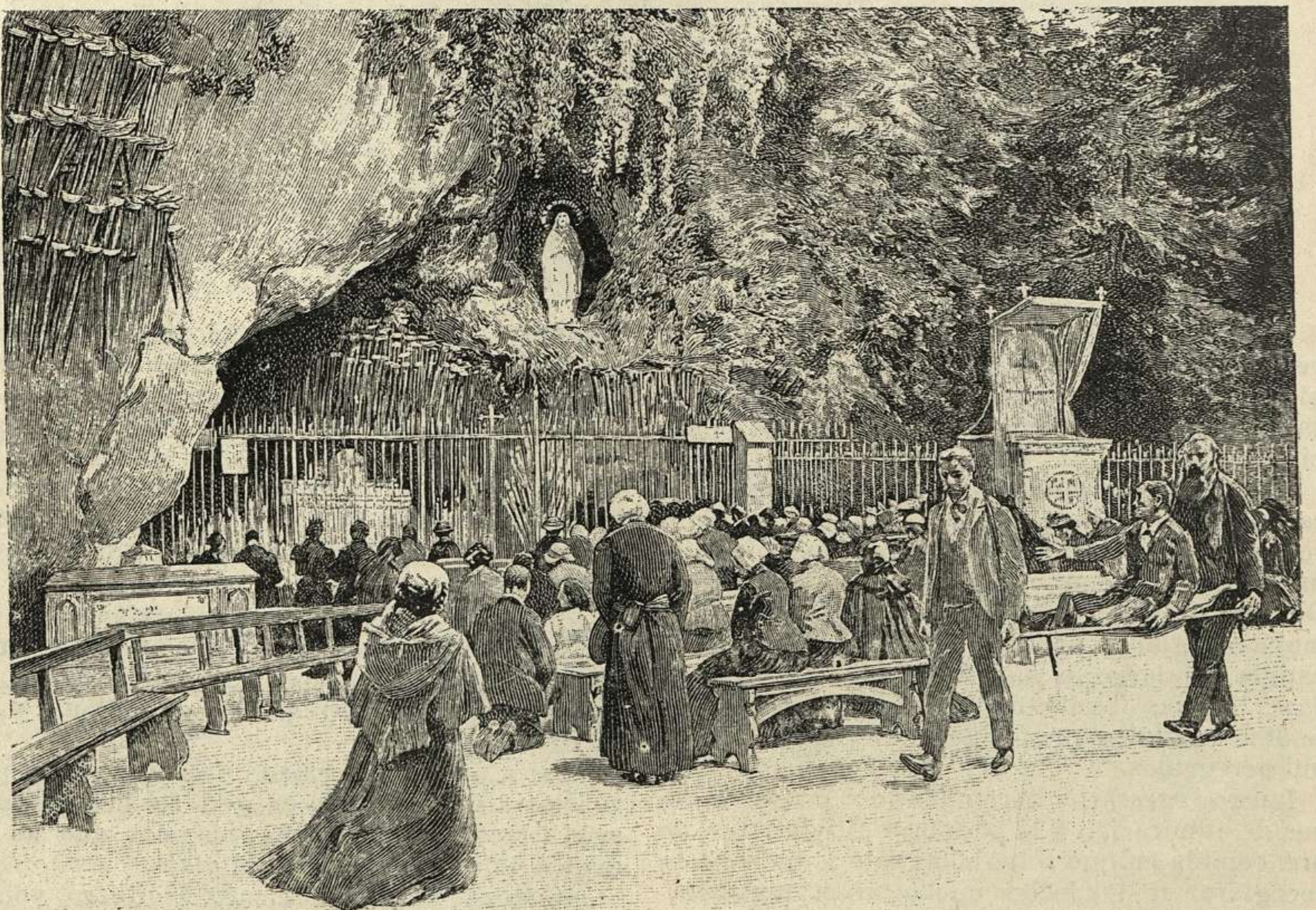
Siguiendo el ejemplo, la jorobada entró en la gruta y posó sus labios en las paredes húmedas; vió un cepo y dejó una buena limosna, y luego se halló otra vez entre los bancos donde la multitud se revolvía tumultuosa. Extrañando entonces su soledad de la mañana, se refugió en la iglesia; y como había proyectado confesarse y comulgar, buscó un confesionario vacío y se arrodilló cuando el padre maquinalmente se inclinaba contra la rejilla.

Con infantil candor Germana confesó tímidamente las repugnancias que le causó la obsesión de los vendedores y se acusó como de un pecado de la indignación que no pudo reprimir ante el bazar sacro-profano. El padre que sin duda por la afluencia de penitentes despachaba con rapidez, le respondió que no se inquietara con esas puerilidades y viniera diariamente á la gruta á edificarse con el espectáculo de la devoción de los peregrinos. Luego la despidió dándole una presurosa absolución.

Obedeciendo estas prescripciones, al día siguiente despues de comulgar, Germana se puso en camino de la gruta y ese día fué notable la afluencia de devotos. Varias peregrinaciones llegaron del Este y tomaban la dirección de la gruta, entorando cánticos. Polvorosos, fatigados por una noche pasada en el ferrocarril, los peregrinos marchaban con aire abatido; las mujeres llevaban cestos de provisiones y los hombres las vasijas destinadas á recoger el agua santa. Un monje les guiaba y cuando la comitiva se instaló en las bancas, éste con voz nasal los exhortó á presentarse humildemente ante la Virgen. Durante tres cuartos de hora, el rezo del rosario se estuvo escuchando como el zumbido de una gran colmena.

Insensiblemente la exaltación se fué apoderando de algunos y las mujeres se lanzaban á la gruta y caían de rodillas, golpeándose el pecho é implorando á la Virgen con gritos dolorosos.

La atención de Germana se fijó particularmente en una de estas mujeres que se había arrodillado muy cerca de la gruta, en una actitud que





le era conocida. La cabeza echada para atrás; los brazos en cruz; el rosario en una de sus manos extendidas, permanecía como en éxtasis. Derrepente un rumor se eleva en torno del edificio de las piscinas: varios aparecieron gritando: «un milagro, un milagro!» y toda la gente se precipitó por ese lado, precedida por la mujer del rosario que repetía con vehemencia «un milagro.»

Germana reconoció á la señora Chapelauque que sin duda la reconoció á su vez porque se ruborizó, volvió la cabeza y se perdió entre el compacto grupo de peregrinos.

Acabadas las devociones, todos se esparcieron bajo los árboles y se pusieron á almorzar, cambiando así la escena bruscamente. Los cestos se desocuparon, y un olor apetitoso se extendió bajo la fronda. Hombres, mujeres y niños, recostados en el suelo colocaban las provisiones sobre periódicos viejos y comían y bebían con regalo.

Una familiaridad animada reemplazó á la seriedad de las oraciones y el espectáculo de estas profanaciones conmovió el corazón de Germana que se alejó de allí escandalizada, sintiendo que un soplo ardiente pasaba sobre su alma y esterilizaba sus piadosas disposiciones de la víspera.

Cansada regresó á la ciudad encontrando otra vez por todas partes á los vendedores de sagradas baratijas; y cuando pasó por la Casa de Correos entró, pues esperaba noticias de Auberive. Encontró, en efecto, una carta de la Buena en que le anunciaba que hastiada ya de correr los caminos ejerciendo su oficio de comadrona había proyectado retirarse al lado de su sobrina en La Margalle; y como no quería dejar sola la casa de Germana, rogaba á ésta que apresurara su viaje.

Como las limosnas dadas con largueza habían devorado la mayor parte de su capital, la prudencia le dió los mismos consejos que la madre Aubriot, y al día siguiente dijo su adiós á Lourdes y tomó el camino de la estación del ferrocarril.

V

Insensible al paisaje luminoso que la rodeaba, Germana decaída y desorientada erraba por la estación esperando el tren que la debía conducir. Desde aquella tarde otoñal en que cerca del arroyuelo de Amorey sus ilusiones y sus ensueños tuvieron tan horroroso fin, nunca se había sentido tan cruelmente deprimida. Semejante á un

cierzo implacable, la duda desoladora le disecaba el corazón; se preguntaba si la madre Aubriot no tuvo razón cuando al dejar á Auberive le dijo que era el demonio del orgullo quien inspiró su viaje, pues de él no había sacado más que un decrecimiento de su fe y sus impulsos caritativos no habían producido sino frutos llenos de cenizas.

La paz y la confianza en que vivía antes de su salida de Auberive habían desaparecido como el agua que se va al través de un vaso poroso. Extranjera entre la multitud que llenaba la estación, sentía la nostalgia de las selvas de su país y otra vez el reclamo de las afecciones carnales le subía á la cabeza; creía haber olvidado al Chino, y de un solo golpe, al soplo de este viento árido que desecaba en ella el amor divino, la imagen tentadora de Marcial surgía obsesándola.

En su desolación, habría querido gritar como Jesús en el Calvario: «¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» Su corazón hinchado parecía próximo á estallar; y mientras con los pies en el polvo y la cabeza dolorida iba y venía ansiosamente, parecía una alma en penas entre los grupos de peregrinos que se apresuraban tumultuosos á penetrar en la estación, y contenía difícilmente sus lágrimas.

Para escapar á los brutales empujones de la multitud, se refugió á un puesto donde se veía un revoltijo de rosarios, medallas y libros viejos y sus ojos llorosos contemplando aquello maquinalmente fueron atraídos por el título de uno de los volúmenes arrojados al azar sobre un extremo de la mesa. Se inclinó y leyó: *Floreillas de San Francisco de Asís*; y como conocía ya el nombre del Seráfico Padre fundador de la orden de los Franciscanos, este título le fué llamativo; hojeó rápidamente las amarillentas páginas del volumen y encontrando en él algunas frases sugestivas, sintió la refrescante sensación de quien aspira un ramo de flores silvestres. Una voz interior le indicaba que debía comprarlo; é informándose del precio obtuvo el libro á cambio de unos cuantos céntimos y se lo llevó precipitadamente porque ya estaba entrando el tren en la estación, y apenas tuvo tiempo para subir á uno de los coches. Ya instalada allí, Germana hizo amplio conocimiento con el volumen que era una traducción francesa de las *Floretti*; y desde las primeras pági-

nas quedó encantada por la poesía y el candor, por la fé ingenua y pura del narrador, anónimo.

A medida que proseguía su lectura encontraba entre Francisco Bernardon y ella misma, curiosos rasgos de semejanza. Como ella, el hijo del vendedor de paños había empezado por ocuparse más de las criaturas que del Creador y se había dejado poseer por las vanidades del mundo; como ella, había amado á los animales y las plantas y como ella en fin, detenido de improviso en medio de las disipaciones profanas por una repentina enfermedad, abrió los ojos, se humilló ante Jesús, se hundió en éxtasis y resolvió vivir entre los pobres y servirlos á fin de aproximarse así á Aquel que fué ante todo el Dios de los humildes y de los desgraciados.

El espíritu de Germana se exaltó con la lectura del pasaje en que Francisco, sobreponiéndose á su repugnancia dió un beso á un leproso; y su corazón llegó al colmo del enternecimiento cuando llegó al episodio en que la bella Clara Saffi en la frescura de sus diez y ocho años, vino á pedir al Santo de Asís que la consagrara al servicio de Cristo. El nombre de Santa Clara recordó á la joven la capilla en ruinas de la Colina de Allofroy y este fué un motivo más para inclinarla á admirar á la virginal amiga de Francisco de Asís que había querido ofrecerse en holocausto en el altar del divino amor.

Todo el día se absorbió en esta lectura que la entusiasma y le parecía que estaba como Santa Clara viviendo al lado del Santo; se transportaba en espíritu á la colina de Asís, bañada de luz, y todos los incidentes milagrosos del apostolado de San Francisco, se sucedían ante sus ojos deslumbrados. Le veía predicando á «sus hermanos los pájaros» en las orillas de Bavagna y oía su voz dulce y elocuente que les decía: «El creador os nutre sin que tengais necesidad de sembrar ni de cosechar; os ha dado el agua de las fuentes para apagar vuestra sed, las montañas y los valles para servir de refugio y los árboles para hacer vuestros nidos. . . .» Y los pájaros se agrupaban rodeando al servidor de Dios, alargando el cuello y batiendo las alas; y él les daba la bendición y á una señal de su mano todos se alejaban cantando.

Más adelante asistió á la valerosa resolución del Apóstol á quien devoraba la madre y que del-



decía á su hermanito el sufrimiento afirmando que el fuego de la enfermedad era mil veces preferible al de las tentaciones de la carne.

Luego venía la aventura del lobo de Gubbis en la Montaña Pedregosa donde el feroz animal atacaba á los hombres y á los ganados. El Santo movido á compasión fué hacia la fiera, hizo sobre ella la señal de la cruz y la apostrofó con voz vibrante: «Ven acá hermano lobo, y en nombre de Cristo no me hagas daño ni lo hagas á persona alguna.» Súbitamente apaciguado el lobo bajó la cabeza y Francisco regresó á la ciudad con el lobo que le seguía como un perro.

Germana admiraba esta comunión del Santo con la naturaleza entera, esta amistad que lo ligaba con los animales y las plantas, y esta misteriosa fascinación que ejercía sobre cuanto le rodeaba. En la cara enflaquecida del Patriarca, las criaturas adivinaban la celeste inspiración, y le obedecían dócilmente.

Las liebres se guarecían bajo los pliegues de su hábito, los toros levantaban la coronada frente y acudían á él, y las bulliciosas golondrinas se callaban para no interrumpir el sacrificio de la misa.

Hasta la noche fué cuando interrumpió la lectura que siguió á la siguiente mañana, sintiendo que con ayuda de las palabras del Santo comprendía mejor los fines de la creación y de la vida, que Dios está en nosotros y no hay necesidad de ir á buscarle afuera.

A la vuelta como á la ida no hizo más en París que atravesarlo para ganar la estación del Este y llegó por la tarde á Langres abrumada de fatiga. Durmió en una posada cercana al camino y al día siguiente partió á pié internándose en la selva.

Cuando llegó á la Mancieme el sol se levantaba entre nubes rosadas por encima de los bosques de Montavoit.

Germana abrió su libro y leyó á través de las lágrimas el adorable cántico del sol.

«El sol es bello y brillante y de gran esplendor: él es, Señor, el símbolo de vuestra grandeza.»

«Alabado seáis, Señor, por nuestra hermana la luna y por las estrellas. En el cielo vos las habéis hecho claras, bellas y preciosas.»

«Alabado seáis, Señor, por nuestro hermano el viento y por el éter y las nubes, por el cielo y por todas las estaciones con las que dais á vuestras criaturas la vida y la nutrición.»

«Alabado seáis, Señor, por nuestro hermano el fuego que nos alumbrá en las tinieblas y que es brillante, hermoso, poderoso y fuerte.»

«Alabado seáis, Señor, por nuestra madre la tierra, que nos sostiene y nos mantiene, que nos

da los frutos de todas las especies, las flores de todos los matices y la yerba.»

«Alabado seáis, Señor, por todos aquellos que, por amor á vos se perdonan los unos á los otros, y soportan debilidad y tribulación, y benditos sean todos los que con resignado corazón, pasan por la prueba. Vos sois, Señor Altísimo, quien les daréis una corona.»

En tanto que Germana leía, la sonrosada luz de Oriente besaba las páginas del libro, los pajarillos piaban en el arbolado y el camino se aclaraba. Ya se distinguían los blancos muros de la capilla en ruinas, perfilándose sobre la cresta de la colina de Allofroy, y un poco más lejos, el campanario de Auberive alzándose sobre un macizo de árboles. La tierna música de la campana llamando á misa, arrojaba en el aire matinal la alegría de sus notas familiares que por tanto tiempo habían sido dejadas de oír.

La jorobada apresuró el paso, cruzó la ruta que atraviesa los pantanos, y vió por fin, palpítandole violentamente el corazón, alzarse su casita en el lindero del bosque.

La madre Aubriot sentada á la sombra en los escalones de la cocina, estaba con la costura entre las manos, cuando percibió á Germana que empujaba la puerta del patio; y levantando los brazos al cielo se lanzó al encuentro de la viajera.

—Al fin, gritó abrazándola, al fin ya estás aquí pobre hija mía.

Lloraron juntas un rato y luego la Buena llevó á Germana á la cocina, la hizo sentarse y la contempló con solicitud maternal.

Los viajes no te han engordado, pues tienes una figurita desmejorada.

—Te aseguro, contestó Germana, que nunca he estado mejor de salud.

—Bueno, bueno. . . . Felizmente ya volviste y supongo que han concluido tus viajes.

—Sí, ya no viajaré más, pues he aprendido que uno puede servir á Dios y hacer el bien en su casa mejor que en ninguna otra parte.

—Amén! respondió brevemente la Buena. . . . Pero hablemos de otra cosa. Debes estarte muriendo de hambre y voy á prepararte que comer.

Pronto y hábilmente confeccionó una tortilla de huevos una taza de caldo y un poco de jamón, y colocando á Germana frente á un mantel muy blanco procedieron ambas á su almuerzo frugal. Cuando terminaron, la Buena dijo con tono compasivo:

—Hija mía, me duele el corazón porque voy á dejarte muy pronto, pero no esperaba más que tu vuelta para irme á La Margelle, donde ya mi sobrina me está esperando; pero como no puedes pasarte sin alguien que te ayude y acompañe ya he buscado á una mujer que te conviene.

Gracias Buena, replicó dulcemente la jorobada, es inútil. . . . Me serviré á mí misma y el buen Dios me acompañará.

—Malo! Exclamó la madre Aubriot ¿Pretendes vivir sola, en una casa casi aislada?

—Por qué no? No les tengo miedo á los ladrones y estoy bastante grande para poder pasarme sin sirvientes. Por otra parte, mis medios no me permiten ya ese lujo.

—¿Es posible, Dios mío, que hayas gastado ya todo el dinero de la Cude?

—Casi. No me resta á lo que creo arriba de un millar de francos, pero esto basta para mis necesidades.

—Pero desgraciada niña, si en algunos meses has sembrado por el camino casi todo tu patrimonio ¿crees que tus últimos mil francos van á durar eternidades? ¿Y qué harás cuando no tengas ni un céntimo, puesto que es necesario alojarse, comer y vestir?

—¿No tengo, agregó Germana tranquilamente, una casa para abrigarme? Las legumbres y las frutas de mi jardín bastarán para nutrirme, y encontraré aquí, en los cofres de mi difunta madre con que vestir decentemente. . . . En cuanto á lo demás Dios proveyerá.

La Buena, espantada, juntaba las manos y sacudía la cabeza, pensando en que los Boucheseiche, después de todo, podían tener razón, pues este absoluto desprecio del dinero indicaba en la jorobada un principio de locura y la contemplaba con una estupefacción llena de piedad.

Germana pálida, ostentando en el rostro una quieta luz de serenidad, sonreía indulgentemente á las recriminaciones y á los temores de la madre Aubriot y sus ojos puros se fijaban con expresión de confianza en los árboles de su jardín.

Este tranquilo desprendimiento de las cosas,

esta despreocupación por el porvenir, parecían á la Buena incomprensibles é inquietantes y en consecuencia, cuando al día siguiente se despidió de Germana para subir á la carriola que debía trasladarla á la Margelle, fué presa de un nuevo acceso de sensibilidad. Estrechó fuertemente á la jorobada contra su pecho y besándola y llorando murmuraba:

—No me voy tranquila, hijita mía; no me voy tranquila. . . . En fin, si te sucede algo, acuérdate de que allá abajo está tu vieja y que con ella tendrás en todo tiempo un cuarto en que puedas refugiarte y en donde se te recibirá con los brazos abiertos.

Pero Germana no temía nada y permaneció sin turbarse pues no la inquietaba el porvenir, ya que su pobreza futura la aproximaría al gran Santo de Asís que tenía la resolución de tomar por modelo. Y aceptaba alegremente la miseria y tenía el corazón penetrado de las frases evangélicas:

«No os inquietéis diciendo: ¿qué comeremos, que beberemos, cómo nos vestiremos? Buscad primeramente el reino de Dios y todo lo demás se os dará como aumento.»

Ese reino de Dios prometido á los humildes lo buscaba ella, no al través de las ciudades bulliciosas ni en el interior de los oratorios pomposos sino en sí misma, en su propio corazón santificado por la práctica de las virtudes teologales. Y pensaba en que sin capital alguno, San Francisco había podido edificar conventos, recojer abundantes limosnas y derramarlas entre los necesitados como una bendición del cielo y estaba resuelta á imitarlo en la medida de sus fuerzas.

De pronto resolvió no tocar el dinero que le quedaba, sino para aliviar á los pobres y asistir á los enfermos; y en cuanto á su propia subsistencia resolvió procurársela con el sudor de su frente: los pobres del país hallaban en el bosque, en toda estación con que ganar la vida. En invierno, los árboles les daban ramas caídas, en primavera y en estío fresas, frambuesas y otras frutas silvestres, en otoño, setas y trufas que iban á vender al mercado próximo y ella no se avergonzaría de hacer lo que los demás pobres de la comarca.

Las ganancias de este tráfico serían cortas, algunos céntimos apenas, pero le asegurarían el pan de cada día y como estaba sola, con poco podía contentarse: huevos de su gallinero y legumbres que cultivaría ella misma bastarían y aún sobrarían para el caso.

Las discípulas de la Porciúncula Santa Clara y sus Pobres Señoras del Monasterio de San Damián no tenían más.

Desde los primeros días se trazó una regla como si viviera en un convento: se levantaba á las seis y se dirigía á misa á la iglesia de Auberive luego á la selva donde según la estación encontraba siempre algo que recojer, y al medio día regresaba, comía una rebanada de pan y algunas papas cocidas y consagraba la tarde á trabajar en su jardín, trabajo entrecortado por plegarias y meditaciones.

(Continuará.)



PAGINAS DE LA MODA



Modelos parisienses para verano

LA MUJER.

(Continúa)

Si el abuso que el hombre hace del más grandioso y preciado don que el Criador le concedió, es la causa de sus males. ¿Por qué inculpar á la Mujer?

¡Ah! lo hemos dicho ya, porque es más débil que él, y ella tiene que doblegarse ante la ley del más fuerte.

«Su vida suele ser, y su regalo»

Ahí está el mal precisamente.

El hombre sin atender más que á la materia, no ve en la mujer sino un medio para saciar sus brutales pasiones.

Jamás reflexiona que Dios le dió en ella tan solo una compañera, pero jamás una esclava.

¡Qué lástima es que después de confesar el susodicho poeta que ella nos da su sangre y que ella nos cria, la acuse de ser ingrata!

José de Espronceda la mide con el mismo cartabón; pero ya lo hemos dicho: los males causados por un abuso no son sino originados por quien los comete.

Porque el hombre se haga acreedor á un castigo, ¿debemos decir que Dios es injusto por haberlo criado? De ninguna manera.

Así, es lo que pasa con la Mujer, tanto abusa el hombre de su bondad, de su debilidad, de su gracia, de su belleza, en fin, de sus cualidades físicas y morales, que después se queja de ella.

¡Insensatos!

No han faltado pueblos que han considerado á la Mujer como una esclava, y como tal la han tratado.

Y lo que menos se comprende todavía, es que esto sucede entre aquellos que por su índole y por su carácter esencialmente poético, debían levantarle á ella un altar para admirarla.

Debían venerarla.

Tales son los pueblos orientales, en donde el sentimiento y la poesía residen por excelencia.

Y sin embargo, ahí es donde se trafica con la Mujer, y en donde se hace de ella el más monstruoso y horrendo comercio.



TRAJE DE CACHEMIRA

Ahí es donde se la priva de su libertad y su belleza. Y si algunas consideraciones bien mezquinas por cierto, se le guardan, es solo cuando se sirven de ella para el placer, para la voluptuosidad y la lujuria.

Inclinen estos pueblos la cerviz y llénense de vergüenza ante la caballerosidad y galantería española, que siempre ha protegido á la más débil de las criaturas.

No hay duda que el cristianismo ha restablecido á la Mujer sus derechos y sus libertades.

Verdad es esta muy repetida y muy antigua; más no por esto dejaremos de sentarla aquí, tanto más cuanto que esta obra está escrita con el objeto de decir las verdades, sean viejas ó nuevas, inéditas ó conocidas tristes ó alegres, oscuras ó claras.

Aun no hace mucho tiempo que se negaba á la mujer el derecho de pensar.

Se le negaba la inteligencia.

Y esto no obstante el *mentis* que los hechos daban y dan á ta es absurdos.

Cuando la Mujer quiere, no le falta energía para defender los derechos ultrajados de una sociedad.

Judith en Betulia, y Juana d' Arc frente á los muros de Orleans, de quienes hemos hecho ya mención.

Matilde de Plantagenet.

Juana de Toledo defendiendo el paso de Montemayor contra los portugueses; Carlota Corday.

Y otras mil y mil, son testigas de lo que hemos dicho.

Cuando la Mujer quiere, también cultiva con éxito las bellas letras y las artes

Margarita de Valois.
Santa Teresa de Jesús.
Isabel de Farnesio
Sor Juana Inés de la Cruz.
Margarita de Newcastle.
Eloisa.

Y en nuestros tiempos, Gertrudis de Avellaneda, Mad. Dudevant, Mad. Cottin, E. Serrano de Wilson y Guillermina Rojas, son un ejemplo palpable de que la inteligencia en la Mujer es un hecho real y positivo.

Los griegos, que en medio de su pasión por lo bello oprimían á la Mujer, ¿de quién sino de ella formaron sus mitos?

Sus nueve musas, ¿qué fueron sino Mujeres?

Y de una Mujer, de MINERVA hicieron la Diosa de la Sabiduría.

A ella dieron todos los atributos de esta rara cualidad que llegan á adquirir los mortales.

¿Por qué, pues, se ha gritado tanto contra la inteligencia de la Mujer?

Y algunos han llegado aún á negarle todo sentimiento.

¡Cuán necios!

Si alguna de las criaturas tiene corazón, es la Mujer.

Ella está por lo mismo dotada de una ternura y delicadeza sin iguales.

Cuando siente, solo Dios comprende la fuerza de su sentimiento

Porque como ya lo hemos dicho antes, la Mujer se identifica con Dios.

Y Dios en compensación de la debilidad que le dió, la dotó con esa gracia propia de ella, que es toda su fuerza

Si al hombre lo ha formado con un corazón más duro, y por consiguiente menos sensible, á la Mujer le ha dado las lágrimas, como una arma contra esa dureza é insensibilidad del hombre.

La inteligencia de éste es más energética que la de la Mujer, más reflexiva, más profunda, por decirlo así.

(Continuará)



ESPALDA DEL SEGUNDO DE LOS MODELOS PARISIENSES PARA VERANO



ESPALDA DEL PRIMERO DE LOS MODELOS PARISIENSES PARA VERANO

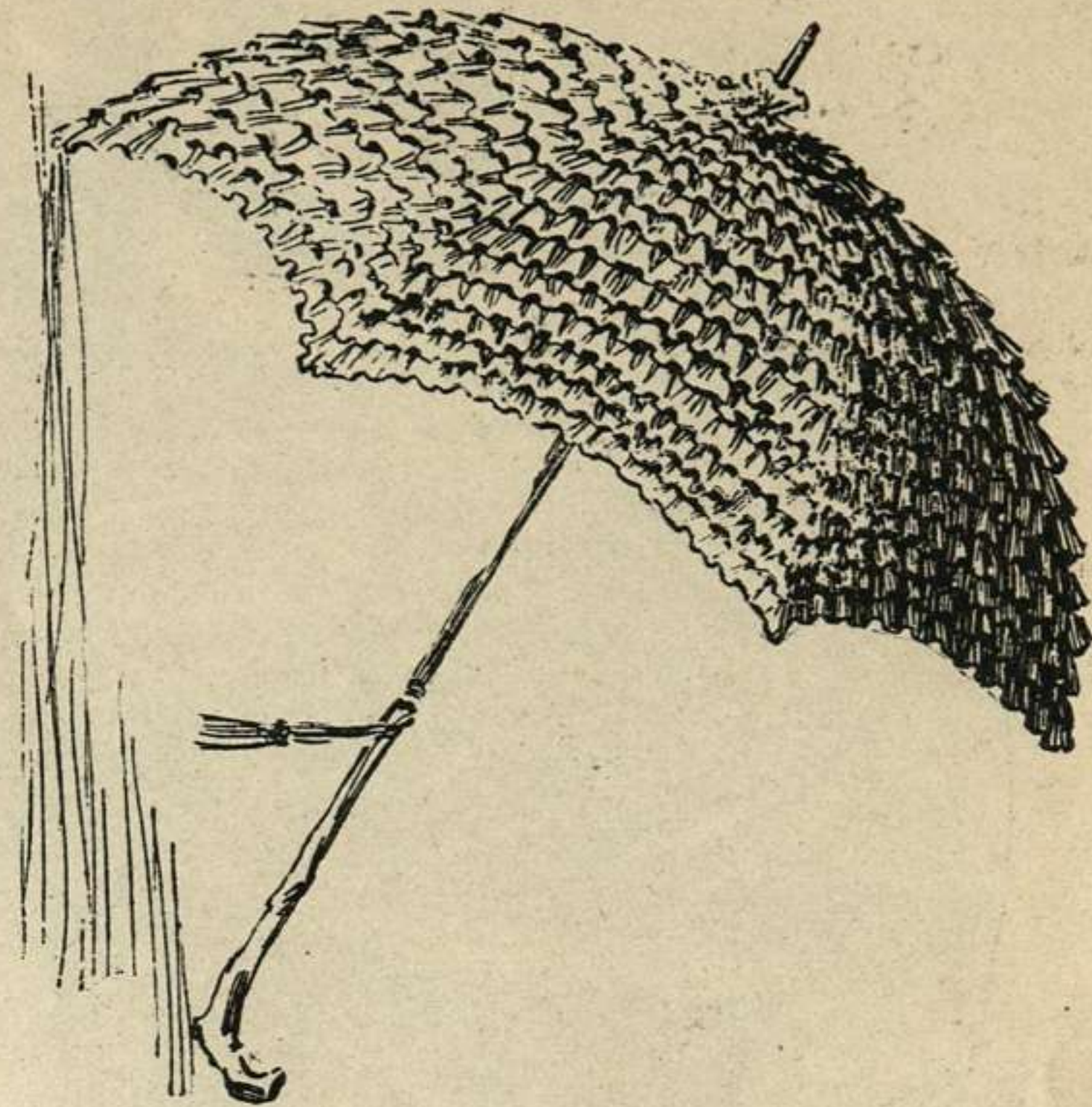
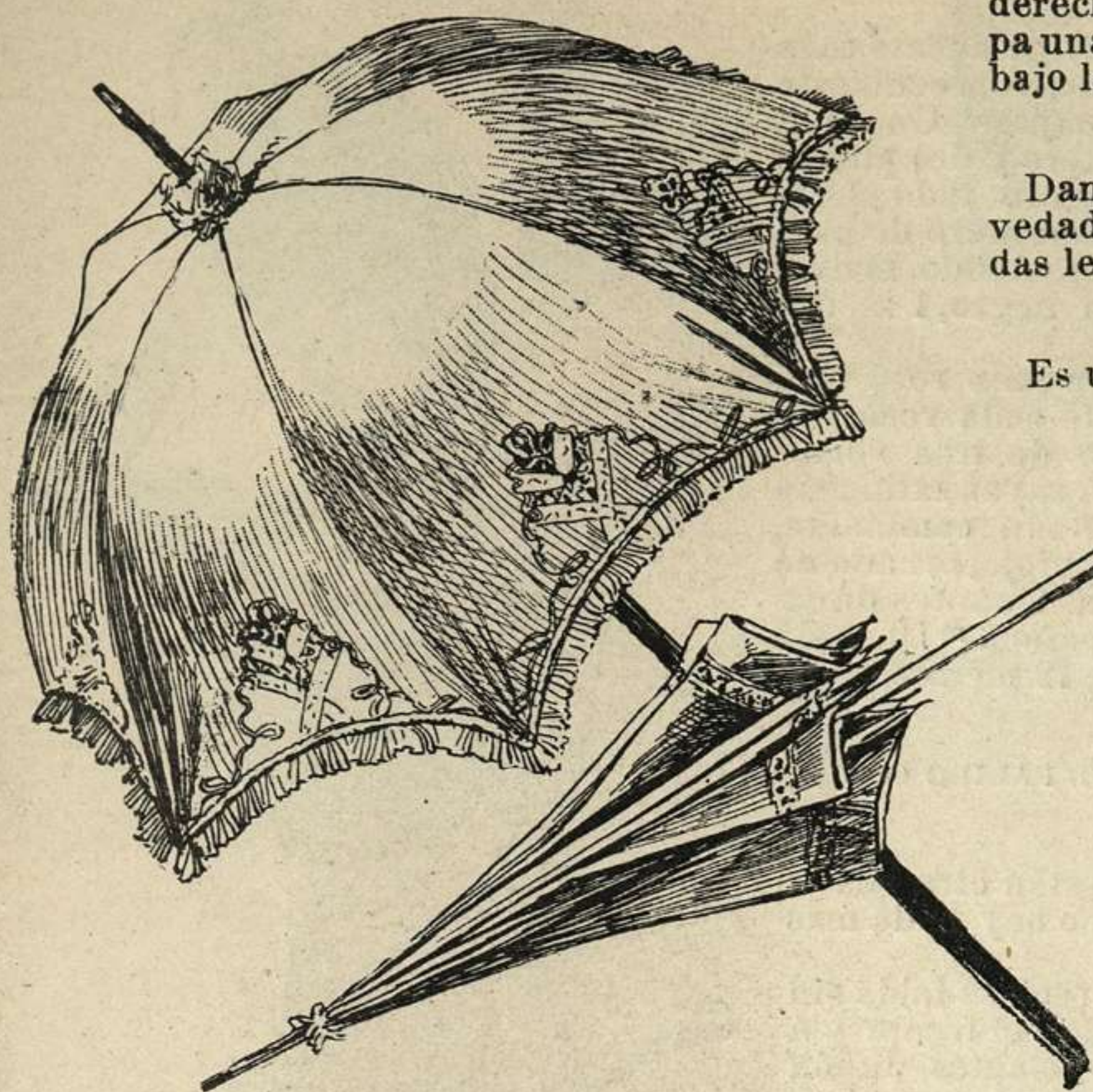
derecha, bajo la barba. De lo alto de la falda se escapa una soberia amazona azul turquesa. A la izquierda, bajo la falda y un hermoso lazo fijado con un broche.

SOMBRILLAS, ÚLTIMA NOVEDAD
Damos un hermoso grupo de sombrillas, última novedad, muy en boga este verano y que nuestras lindas lectoras encontrarán fácilmente en los almacenes.

ELEGANTE SOMBRERO
Es un hermoso sombrero *conotier*, de paja de Suecia. Drapería de tafetán escocés, fondo ligeramente obscuro con rayas blancas recortadas de hilillos negros. Delante dos fruncidos: el alto de satín maiz, el inferior de cinta de satín mordorado, del cual se escapan dos alas de angel blancas, falda levantada detrás por un chifoneado del mismo tafetán.

TRAJES DE PASEO PARA EL VERANO
Figuras 1 2 y 3
1 *Toilette de estío* Falda de piel de seda verde almendra, ornada de entredos de guipure y de un alto volante cortado en forma. Cnello de tafetán cambiadizo, verde y negro, guarnecido de pequeños galones de seda negros, y de plissés de muselina de seda negra. Sembreiro de paja blanca, guar-

necido de muselina de seda blanca y de plumas negras.
Guantes de cabra gris perla.



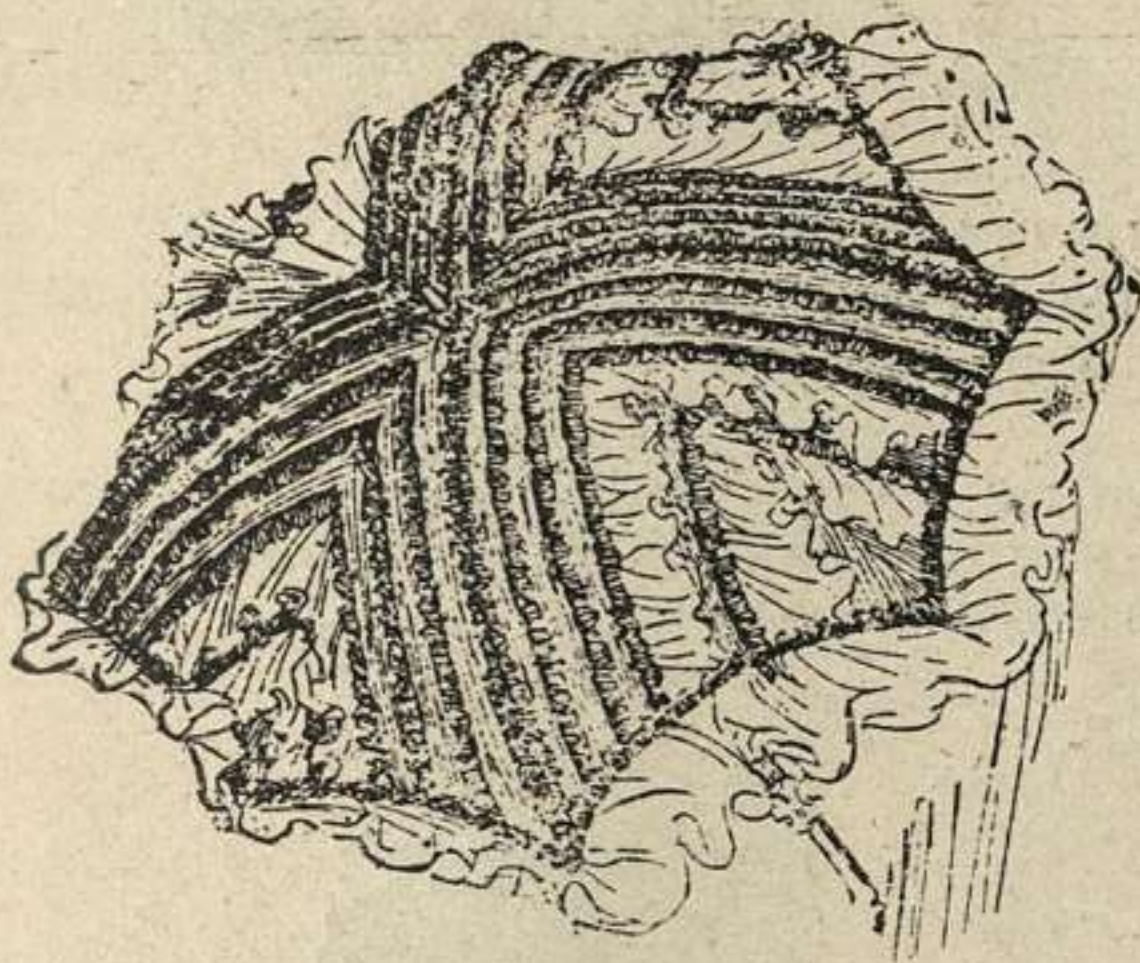
Nuestros grabados

MODELOS PARISIENSES PARA VERANO

Los trajes que se hacen hoy para verano, especialmente para estancia en quintas y villas, son extremadamente distinguidos, no solo en el color sino tambien en el estilo. El primero de los que hoy mostramos a nuestros lectores es de muselina azul obscuro figurada de blanco. La falda está cortada en punta hacia el frente y en la espalda concluye en dos largos apéndices avolantados de efecto primoroso. Los lados y la espalda son de gaza bordada con gusanillo en lasos caprichosos. La gaza es acordada y sin figuras.

El principal adorno de este traje es un collar gracioso que se extiende sobre los hombros, azul tambien y tambien bordado. Hay tambien un obscuro entredos bordado que da el efecto de un Yoke.

El otro traje está hecho de malva siciliana. La falda,



amplísima tiene cinco aplicaciones bordadas cuyo dibujo se repite en el jacquet cerrado sobre un peto plomo con alamares dejando ver una zona de este último, adornada con cinta de seda. Sencillo cinturón de raso negro. Manga ajustada de bordado remate inferior.

Damos la espalda de cada uno de estos dos modelos.

TRAJE DE CACHEMIRA

Es de cachemira verde. La falda está bordada con bandas de guipure puestas sobre satín violeta, y estas bandas son de dimensiones graduadas.

El cuerpo se cierra a la izquierda con elegante ala triangular abrochada con dos botones fantasía y ribeteada de la propia cinta drapada que adorna la falda. Solapas triangulares drapadas sobre terciopelo violeta obscuro, dejando ver un peto acordeón de muselina de seda.

Mangas angostas y completamente lisas.

Cinturón de cuero con hebilla de plata.

SOMBRERO BRANDES

Sombrero directorio en paja de Italia azul turquesa. de falda levantada al frente, ligeramente simbreada y rodeada de nudos de terciopelo negro, los cuales proporcionan las bridas que vienen a atarse coquetamente a la



SOMBRERO BRANDES



SOMBRERO ELEGANTE

Materiales principales: piel de seda, 9 metros, tafetán, 2 metros.

Otra toilette de estío.—Falda de velo gris plata toda unida. Pequeño accesorio de satín negro recubierto de un tejido de perlas de acero con pajitas! Unos plissses de tafetán negro ornán el delantero y dos plissses igualmente de tafetán negro, guarnecen todo el re-dedor. Guantes de Suecia claros. Sombrero de paja de seda malva guarnecido de tul sombreado, malva, y de rosas blancas. Materiales: Satín negro, 1 metro; tafetán, cuatro metros.

Toilette de paseo.—Falda de paño de estío, rosa viejo, bordado de negro y rosa. cuello de seda rosa viejo, bordado de negro y acero, ornado de tres volantes de muselina de seda rosa viejo, á rayas satinadas negras. Collarete acorchado, de tafetán cambiante, negro y rosa. Sombrero de paja rosa viejo, ornado de plumas y de muselina de seda negra. Guantes de cabritilla color de trigo. Materiales: paño 3^m 50, seda rosa viejo 1 metro; muselina de seda 12 metros.

VESTIDO DE CREPÉ DE CHINA AZUL PÁLIDO CON TERCIOPELO NEGRO.

Los vestidos de crepé de china están otra vez en boga y el material es tan ligero que no hay nada más apropiado para la estación.

El modelo que damos tiene una preciosa falda sin más adorno que tres dibujos bordados al frente y á los lados y remate de dos grandes volantes. Jubón de tres acuchillados con el mismo dibujo de la falda y ribete de terciopelo negro que liga los tableros. Peto de muselina de seda acordeón. Mangas ajustadas con volante de blonda y tres tiras de terciopelo sobre la muñeca. Cuello de crepé del mismo color que el vestido, adornado también con dos banditas de terciopelo.

JACQUET DE PAÑO AZUL Y FALDA AMARILLA

Este traje no tiene más fantasía que la del jacquet cuyas cuatro solapas rectangulares formadas de satín y orladas de cadeneta de seda. Una graciosa corbata de blonda punteada cubre todo



VESTIDO DE CREPÉ DE CHINA AZUL PÁLIDO el pecho. Cuello alto y rígido. Mangas angostas excesivamente sencillas.

En literatura, en arte, en política,—lo mismo que en la calle.— seguimos á alguien y alguien sigue nuestros pasos.—DELAFOREST



VESTIDOS DE PASEO PARA VERANO.—FIGURAS 1, 2 Y 3



JACQUET DE PAÑO AZUL Y FALDA AMARILLA